

F-8/238/27

UNIVERSIDAD DE BARCELONA

DISCURSO INAUGURAL DEL AÑO ACADÉMICO 1958-1959



VALOR ESCRITURARIO
DE LOS HALLAZGOS
EN EL MAR MUERTO

DISCURSO LEÍDO POR EL

DR. D. JOSÉ M.^A MILLÁS VALLICROSA

CATEDRÁTICO DE LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

BARCELONA

1958



F-8/238/27

BIBLIOTECA DE LA UNIVERSITAT DE BARCELONA



0701044328

UNIVERSIDAD DE BARCELONA

DISCURSO INAUGURAL DEL AÑO ACADÉMICO 1958-1959



VALOR ESCRITURARIO
DE LOS HALLAZGOS
EN EL MAR MUERTO

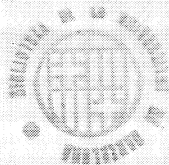
DISCURSO LEÍDO POR EL

DR. D. JOSÉ M.^A MILLÁS VALLICROSA

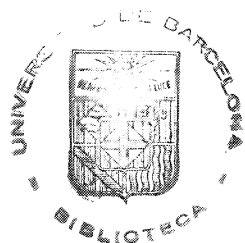
CATEDRÁTICO DE LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

BARCELONA

1958



R. 271. 540



*Magnífico Sr., Excmos. Sres., queridos compañeros
y estudiantes, Sras. y Sres.:*

OTRA vez, en la sucesión solemne y fecunda de los años, en el paso majestuosamente procesional de las estaciones, nos vemos reunidos en este Paraninfo, en la ceremonia de la apertura oficial de las nuevas tareas escolares. En este tiempo germinal, cuando la dorada gleba de los campos reclama la nueva y generosa simiente, también nuestra *Alma Mater* universitaria reclama de nosotros, maestros y discípulos, una nueva simiente, un nuevo hábito de devoto y rendido estudio, una nueva ofrenda de nuestra alma, de todo nuestro ser, en esta porfía hacia las altas cumbres que celan los horizontes infinitos por los que ansía nuestra mente. Porfía difícil, ascesis no sólo de la mente discursiva, sino de toda consigna afectiva y sentimental, en la unidad augusta y eterna de nuestro espíritu. En esta hora solemne y auroral, ¿qué os diría yo, de qué os hablaría si no fuera a corroborar los acentos de mi voz en la solana de mis amores, en el solar bíblico, base de la Teología, invitación y acicate como ha sido ésta para tantas ciencias y artes y, en cambio, muro y broquel contra todas las seudociencias astrológicas, mágicas o mánticas que por siglos y por milenios han infestado el ámbito de las Academias, Liceos y Universidades?

Precisamente en nuestros días han pasado auras de primavera sobre el viejo solar bíblico, que no sólo han remozado las antiguas sendas de los Patriarcas y Profetas, sino que nos proporcionan una nueva y más clara percepción de la inspirada voz de los Evangelistas, una más sutil sintonización con los mismos. Bien podríamos decir que en lo que se refiere al campo de la Biblia se advierte una especial Providencia, igual o mayor que la que puede advertirse en el regimiento general de la humanidad y del cosmos.

En este segundo tercio del siglo xx, ¿qué queda del racionalismo paganizante de los enciclopedistas, de la risa sardónica y procaz de Voltaire cuando se mofaba de la pretendida existencia de ciertas costumbres y usos testificada por la Biblia, pero que han sido luego reivindicados por meritísimos geógrafos, folkloristas y arqueólogos que han sabido consultar solventemente los misterios de las estepas y desiertos del Próximo Oriente? ¿Quién se acuerda hoy de la en otrora celebrada Escuela de Tubinga, de la hipercrítica de un Baur, de un Strauss, de la cual derivaba, a su vez, la crítica de Renan envuelta en seductora gracia estilística, pero que operaba sobre el espíritu como un brebaje letárgico? Han sido la piqueta del arqueólogo, el cotejo de textos del filólogo, los que con sus descubrimientos han abierto nuevos capítulos a la historia antigua de este Próximo Oriente, capítulos como la Egiptología, la Asiriología, la historia de los Hititas, los que, en gran parte, vienen a ser como un amplio comentario a diversas partes de la Biblia. Y aún en nuestros días van sucediéndose estos nuevos hallazgos y apertura de nuevos capítulos: los hallazgos, entre las dos guerras mundiales, de la civilización de Ugarit en la costa fenicia, junto a Alejandreta, en el cabo de Ras Shamra, hallazgos que vienen a ser como un prólogo a los inicios de la Historia de los Patriarcas; lo mismo diríamos de los recentísimos hallazgos de toda la gran cultura de Mari, cultura que floreció en un recodo del curso medio del Éufrates, a prin-

cipios del segundo milenio antes de J. C., precisamente como nudo de enlace en la gran ruta intercontinental que unía a Oriente y Occidente. Continuados hallazgos en el litoral fenicio y aun en las estepas que van desde el Sinaí a Siria, han permitido situar el empleo de una escritura alfabética ya en el siglo xv antes de J. C., y, por tanto, ha venido abajo la dificultad alegada contra la autenticidad de los libros mosaicos.

Hace unos nueve o diez lustros estaba de moda entre algunos exegetas presentar el Evangelio de San Juan como un producto tardío (siglos II y III) de un sincretismo entre cultura griega y gnosis oriental; pero entonces quiso Dios que se encontrara en el Alto Egipto un pequeño papiro, el llamado *Papiro Ryland 26*, el cual contiene un pasaje del Evangelio de San Juan, y los paleógrafos testificaron unánimemente que aquel texto fué escrito a finales del siglo I o a principios del II. De modo que ya entonces el Evangelio del Discípulo amado era leído en aquellos remotos confines, y hoy día casi toda la crítica considera (cf. estudios de Dodd) a dicho Evangelio como el más realista, el más embebido de ambiente moral judaico, entre todos los Evangelios.

Pero quizá ningún descubrimiento ha podido superar ni igualar a la importancia que ofrecen los recientes hallazgos en las orillas del Mar Muerto, y estamos solamente en los comienzos de las exploraciones, de un nuevo día en la exégesis escriturística. Me permitiré exponer de un modo sucinto cómo tuvieron lugar dichos descubrimientos.

* * *

Era en la primavera del año 1947 y un joven pastor árabe, Muhammad az-Zib, apacentaba su rebaño de cabras por las últimas estribaciones de los montes de Judá, junto a la orilla occidental del Mar Muerto, entre la fuente sulfurosa de Ain Fasja y el torrente, casi siempre seco, de Wadi Qumrán. El terreno es de una extrema desola-

ción, árido y rocoso, con diversas cuevas formadas por la erosión del agua en el suelo calizo. Solamente en primavera se cubre de una leve capa de grama que esquilman pronto los rebaños de cabras y camellos. Habiéndosele extraviado una res, el joven pastor lanzó una piedra por una de aquellas oquedades de la colina, y al caer la piedra en el interior de la cueva, hizo un ruido como si se hubiera roto algo. Lleno de curiosidad, Muhammad y un hermano suyo exploraron aquella cueva y encontraron su suelo lleno de fragmentos de jarras, pero en el fondo de la misma había unas ocho jarras con sus respectivas tapas. Las jarras estaban vacías, excepto una de ellas, de la cual extrajeron tres rollos de cuero, uno grande y los otros dos de tamaño más pequeño. Aquellos pastores, que habían soñado tesoros y riquezas en el interior de la cueva, se encontraron con unos rollos que no sabían qué podrían hacer de los mismos. Los llevaron a un árabe cristiano que hacía de anticuario en Belén, y este anticuario, creyendo reconocer en la letra de los rollos la escritura siríaca, llevó dichos rollos al Arzobispo siríaco de San Marcos en Jerusalén, el cual comprobó que aquellos caracteres gráficos de los rollos no eran siríacos, sino hebraicos. Entre tanto, otros beduínos escudriñaron aquella cueva y entre sus detritos encontraron otros rollos y diversos fragmentos. El malogrado Profesor de Arqueología en la Universidad Hebraica, E. L. Sukenik, al cual se le ofrecieron algunos de aquellos rollos y fragmentos, pronto echó de ver la antigüedad de los mismos, el carácter arcaico de su grafía, de modo que compró para la Universidad Hebraica de Jerusalén tres rollos, los cuales, después de estudiados, resultaron ser: un fragmento de Isaías, una colección de Himnos de acción de gracias y un Libro escatológico sobre la estrategia de la guerra entre los hijos de la Luz y los hijos de la Tiniebla.

El Metropolitano siríaco del convento de San Marcos, Mar Atanasios Samuel, no dejaba, por su parte, de consultar a los técnicos acerca de la importancia y valor del

lote de sus manuscritos de la cueva de Qumrán; los dos Profesores de la *American School of Oriental Research* en Jerusalén, Mr. J. C. Trever y Mr. W. H. Brownlee, certificaron al Metropolitano sobre la gran antigüedad de sus rollos y el alto interés bíblico de los mismos y obtuvieron de Mar Atanasios el permiso de fotografiar el contenido de los rollos. Enviadas aquellas fotografías al Profesor de la Universidad *John Hopkins*, de Baltimore, Prof. W. F. Albright, meritísimo arqueólogo y paleógrafo bíblico, certificó la gran antigüedad de aquellos textos, del siglo II o el I antes de J. C. Entretanto, en aquel otoño del 1947, la guerra judaicoárabe empezaba, era difícil comunicarse entre las dos zonas de Palestina, de modo que el Metropolitano Mar Atanasios optó por llevar sus manuscritos a Norteamérica, donde se podrían estudiar con sosiego y se le podrían pagar a alto precio. La citada *American School of Oriental Research*, poseyendo ya buenas fotografías de los manuscritos pertenecientes al Arzobispo, publicó en el año 1950 tres de dichos textos. Son: el texto completo de Isaías, un Comentario al profeta Habacuc, y la *Regla de la Comunidad* (de Qumrán), texto al cual se llamó primeramente *Manual de disciplina*. El otro texto se creyó primeramente que era un apócrifo sobre Lamec, pero más tarde se vió que era un a modo de Comentario homilético o *Midrás* del Génesis.

Es curioso notar la suerte que ha tenido este lote de manuscritos tan celosamente custodiado por el Metropolitano siríaco. En Norteamérica, una vez ya publicados por la *American School* tres de sus textos, no hubo una gran avidez de compra a los altos precios que calculaba Mar Atanasios, de modo que tuvo que anunciar en la prensa la venta de su lote; se encontraba entonces en América el general y arqueólogo Igael Yadin, hijo del citado Profesor Sukenik, y entabló relaciones con el Metropolitano para la compra de los manuscritos; pero Mar Atanasios, árabe como era, se negó a todo trato con el judío; éste buscó entonces un intermediario, quien en poco tiempo

le hizo poseedor de los rollos, los cuales pertenecen ahora a la Universidad Hebrea. Y Mar Atanasios no puede ahora volver a su monasterio de San Marcos, en la Jerusalén árabe, porque el Gobierno jordano le niega el visado de entrada mientras no traiga los rollos que inconscientemente vendió a los judíos.

De modo que la primera cosecha de manuscritos que proporcionó la cueva de Qumrán fueron dos textos bíblicos: Un Isaías completo y otro fragmentario, un Comentario a Habacuc y un a modo de *midrás* o comentario homilético a los primeros quince capítulos del Génesis, libro que en un principio se había tomado como un apócrifo sobre Lamec; una colección de unos veinticinco Himnos de acción de gracias, al modo de los salmos latréuticos; la llamada *Regla de la Comunidad* de Qumrán y, por fin, la Regla o Estatuto de guerra escatológica entre los hijos de la Luz y los de la Tiniebla. Aún debería proporcionar dicha cueva de Qumrán otros textos, si bien sólo representados por minúsculos fragmentos.

Pero, ¡quién tenía que decirlo!, a medida que iban apareciendo editados, ya por los americanos ya por los israelíes, los textos de esta primera cueva de Qumrán, se levantó una verdadera tempestad de polémicas entre los diferentes eruditos y especialistas. Intervinieron tanto arqueólogos como paleógrafos, escriturarios y talmudistas, filólogos y aun, al final, los químicos de la Universidad de Chicago que cuidan de las pruebas radiactivas del carbono 14. Aquella superficie, tan tersa y límpida, de las aguas del Mar Muerto se había conmovido ahora como si la hubiesen herido no con el lanzamiento de una piedra, sino con una verdadera y desatentada pedrea. Muchos de aquellos especialistas se atenían para la valoración de dichos hallazgos a un criterio que era negado o minimizado por otros especialistas.

Quizá entre todos los que terciaron en estas polémicas el que marcó un clímax más agudo y tajante fué el Profesor Salomón Zeitlin, distinguido talmudista del *Dropsie*

College de Philadelphia. Para Zeitlin tales rollos y textos eran simplemente espúreos, eran como una impostura tardía, de los siglos VIII al IX, ya en época árabe; negaba terminantemente la posibilidad de admitir un criterio de base paleográfica o arqueológica; rechazaba el criterio paleográfico porque no está aún acotado el vasto ámbito de tres o cuatro milenios de escritura hebraica, y no admitía el criterio arqueológico porque cabía un asincronismo entre jarras, tinajas y cerámica respecto de los textos allí guardados. Otras falsedades e imposturas se habían cometido últimamente en materia de manuscritos hebraicos en el Próximo Oriente. Mas lo que inducía al Profesor Zeitlin a situar en plena Edad Media los rollos descubiertos en la gruta de Qumrán eran ciertas particularidades de léxico y de fondo de tales textos, su similitud con cierta literatura que cundió entre los judíos en los primeros siglos de la Edad Media. Pero lo grave de la polémica del Profesor Zeitlin contra la posición de los arqueólogos y paleógrafos que situaban dichos rollos en los siglos II y I antes de J. C., es el tono de dureza, de irascibilidad, de virulencia extremada, casi de insulto, que empleaba el Profesor del *Dropsie College* contra sus contradictores. Durante cinco o seis años ha prodigado sus artículos en la revista de su centro, *The Jewish Quarterly Review*, para quedar, al final, casi solo en la contienda y sostener la tesis risible de que seguramente tales textos de Qumrán fueron depositados allí por un rabino de los siglos VII u VIII, quien los falseó de tal modo para dar materia de trabajo a los sabios futuros. Sin participar en la tesis de Zeitlin también eran partidarios de una cierta modernidad de tales textos el Profesor P. R. Weis y el Profesor S. R. Driver, de la Universidad de Oxford, si bien luego éste ha cambiado de postura.

También han sido muy apasionadas las polémicas sostenidas por el Profesor agregado de la Universidad de Cambridge, Dr. J. L. Teicher, quien sostiene que los rollos de la cueva de Qumrán son de filiación ebionita, o

sea, de una secta judaicocristiana del siglo III de nuestra Era, y pretende ver en aquellos textos alusiones directas a personajes del Nuevo Testamento. No ha tenido fortuna alguna el Dr. Teicher, enzarzado aún en agrias polémicas con paleógrafos y especialistas. Últimamente, en ocasión del Congreso Mundial Judaico, el Dr. Cecil Roth, distinguido historiador de los judíos, también sostuvo, acompañado del Prof. Driver, de Oxford, la opinión de que los textos de Qumrán, así como los de otras cuevas — de las que hablaremos — provenían de la secta judaica de los *celotas*, secta de carácter político y casi militar, responsable en gran parte de las guerras judaicas con Roma. Y no hemos de hacernos eco de otras varias hipótesis que han sonado más o menos durante estos últimos años.

Ahora que las voces de tales controversias ya se van apagando para dar paso únicamente a la serena voz de los hechos, se ha podido ver cuánto apriorismo, cuánta pasión de escuela o de partido se ponía en la interpretación de los nuevos hallazgos. Pocos supieron practicar la difícil divina virtud de callar, para ayudar más a trabajar y esclarecer los hechos, virtud que recomendaba de palabra y con el ejemplo el P. R. de Vaux, Director de la *Ecole Biblique* de San Esteban y del *Institut Français d'Archéologie Orientale* en Jerusalén. Hoy día, en que los arqueólogos han podido personarse en la primera cueva y en otras de Qumrán, ahora que se han podido estudiar todos los restos cerámicos y arqueológicos, que se han encontrado monedas que sincronizan indubitablemente la época de habitación o de empleo de tales grutas, no hay duda que la objetividad de la prueba arqueológica ha corroborado del todo la objetividad de la prueba paleográfica, del primer aserto del Profesor Albright, de Baltimore, o sea, la datación de los siglos II y I antes de la era cristiana. También los nuevos hallazgos han confirmado el punto de vista expuesto primeramente por el Profesor Dupont Sommer, de París, quien relacionaba tales textos de Qumrán con la actividad desplegada en los mismos lugares ribere-

ños del Mar Muerto por la secta de los esenios, ascetas y cenobitas de que nos hablan Filón, Flavio Josefo y Plinio, aunque hay que deplorar que el Profesor Dupont Sommer en sus *Aperçus préliminaires* — que quizá no pequen de preliminares — se dejó llevar de su entusiasmo ensamblando textos y hechos que luego nuevos hallazgos han probado que no cabía siquiera tratar de ensamblar, puesto que lo objetivo era cabalmente lo contrario de lo que ideaba dicho autor. También se ha podido comprobar que dentro del movimiento llamado esenio había diferentes facetas. En cambio, los sucesivos descubrimientos han venido a desmentir al malogrado Profesor de Arqueología de la Universidad de Jerusalén, el Dr. Sukenik, quien había visto en tal cueva de Qumrán como una *guenizá*, o sea, un depósito o trastera litúrgica de una sinagoga, en la cual se guardaban los rollos y libros de rezo ya inservibles para el uso. En rigor, tal cueva no era una *guenizá* o trastera de una sinagoga, pero sí que servía de escondrijo de los rollos y volúmenes rituales, religiosos, de la Comunidad de Qumrán, guardados allí en momentos de peligro de la vida de dicha Comunidad.

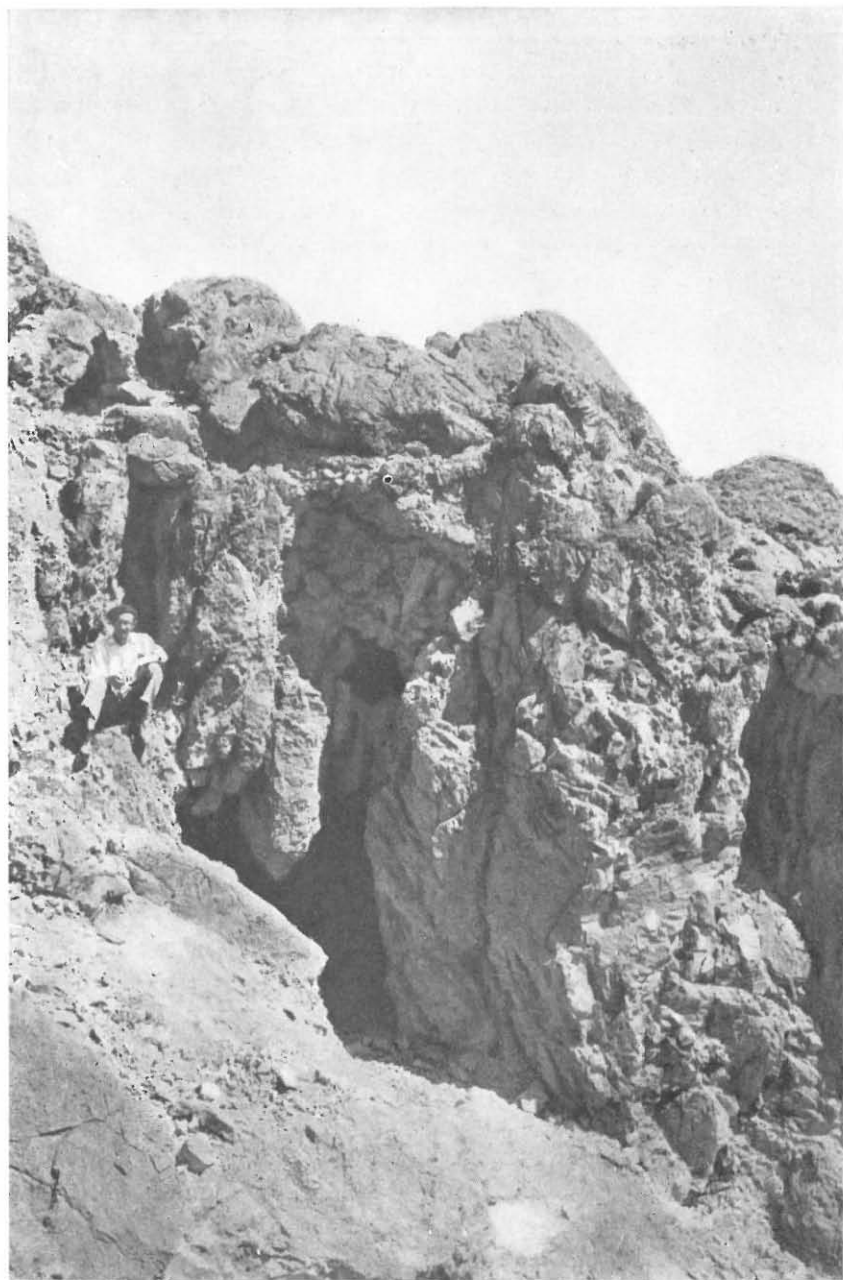
Pero mientras los ecos de aquellas polémicas tan violentas empezaban a restallar en el aire, y mientras por algunos polemistas se teorizaba de un modo más o menos subjetivista, he aquí que en la paz de la Jerusalén vieja, en el mes de enero de 1949, el P. R. de Vaux, director de la Escuela Bíblica de Jerusalén, y Mr. G. L. Harding, Director del Servicio de Antigüedades de Ammán, y del Museo Rockefeller, trazaban el plan de una inspección ocular de la cueva de Qumrán. Antes de polemizar convenía asegurar y enriquecer los hechos. De modo que aquellos dos meritísimos arqueólogos, acompañados de unos tres obreros especializados, emprendieron la expedición arqueológica de estudio de la primera cueva de Qumrán.

Para andar por entre aquellos riscos y grietas de la cornisa montañosa de los Montes de Judá, era preciso no sólo ciencia, sino la agilidad y el entusiasmo de que die-

ron muestras dichos arqueólogos. Luego, el P. de Vaux se entrenó tan a maravilla que, como ha confesado últimamente, ha explorado en el desierto de Judá más de un centenar de cuevas, y en una treintena de ellas ha encontrado material histórico humano aprovechable. Sin embargo, la primera expedición arqueológica, organizada entre enero y febrero del año 1949, no fué muy pingüe en resultados; la cueva había sido pillada entre tanto por los beduínos, ansiosos de lucrarse de los tesoros de sus cuevas. Pero, sin embargo, se registró, en el interior de la cueva, cerámica helenística, con multitud de fragmentos de unas cincuenta jarras, correspondientes, sin duda alguna, a la época helenística; así como también aparecieron dos pequeñas lucernas del mismo tiempo helenístico. Asimismo se encontraron fragmentos cerámicos, de dos lámparas y una marmita, de época romana, varios fragmentos de telas que habrían servido para envolver los rollos. Pero lo más interesante fué que, cribando el suelo de la caverna, se encontraron centenares — unos seiscientos — de fragmentos de manuscritos, casi todos escritos en letras hebraicas cuadradas, y sobre cuero duro o sobre papiro. Algunos fragmentos, por ejemplo, los capítulos XIX a XXII del Levítico, estaban escritos en la escritura arcaica fenicia o samaritana; en otros textos aparecía el nombre inefable de Yahvé, escrito en caracteres arcaicos, y el resto del texto en caracteres corrientes o cuadrados. De modo que aunque sólo fueran pequeños fragmentos, subía ahora mucho el caudal bíblico proporcionado por la primera cueva de Qumrán. He aquí un índice, dejando aparte las siete obras del primer hallazgo de los beduínos, de las que ya hicimos mención.

* * *

Manuscritos publicados por los RR. PP. D. Bartelemy y J. Milik, en el volumen I de *Discoveries in the Judaean Desert, Cave I* (Oxford, 1955). La cifra árabe que sigue al título del libro indica el número de fragmentos hallados,



La primera cueva de Qumrán

Foto Starcky



y el número en letras romanas indica el orden de publicación :

A) *Textos bíblicos:*

Génesis 5-I, Éxodo 11-II y XIII, Levítico 7-III, Números 2-III, Deuteronomio 6-IV-V y XIII, Jueces 9 VI, I Samuel 1-VII, II Samuel 3-VII, Isaías 6-VIII, Ezequiel 1-IX, Miqueas 12-XIV, Sofonías 1-XV, Salmos X, XI, XII y XVI; representados 11 salmos; Daniel 4-LXXI y LXXII.

B) *Textos extrabíblicos:*

1) *Comentarios:*

Comentario a Miqueas, XIV.

Comentario a Sofonías, XV.

Comentario a los Salmos, XVI.

2) *Apócrifos:*

Libro de los Jubileos, XVII y XVIII.

Libro de Noé, XIX y XIX bis.

Comentario del Génesis, XX.

Testamento de Leví, XXI.

Sentencias de Moisés, XXII.

Dos apócrifos en arameo, XXIII y XXIV.

Una profecía apócrifa, XXV.

Un apócrifo, XXVI.

Libro de los misterios, XXVII.

3) *Textos jurídicos y litúrgicos:*

Regla de la Congregación, XXVIIIa.

Colección de bendiciones, XVIIIb.

Liturgia de las tres lenguas de fuego, XXIX.

Textos litúrgicos, XXX y XXXI.

Descripción de la Nueva Jerusalén, XXXII.

La Regla de la guerra de los hijos de la Luz con los hijos de la tiniebla, XXXIII.

Colección de oraciones litúrgicas, XXXIV y XXXIV bis.

4) *Himnos:*

Colección de cánticos de acción de gracias, XXXV.

Colección de himnos, XXXVI.

Composiciones que son una especie de himnos, XXXVII-XL.

5) *Grupos sin caracterizar:*

Veintiún grupos en hebreo, LXI-LXII.

Cinco grupos en arameo, LXIII-LXVII.

Fragmentos no clasificados en arameo, LXVIII.

Fragmentos no clasificados en hebreo, LXIX.

Fragmentos papiráceos, LXX y LXX bis.

Pero lo más interesante después del informe de estos eminentes arqueólogos, P. de Vaux y Mr. Harding — informe leído por el Profesor G. Ryckmans, de la Universidad de Lovaina, en la *Académie des Inscriptions et Belles Lettres*, en la sesión de 8 de abril del mismo año 1949 —, es que ya no cabía duda alguna de la autenticidad de tales hallazgos, fechados entre los siglos II y I a. de J.C.

Mas los arqueólogos comprobaron que esa gruta de Qumrán había sido saqueada en tiempos antiguos, seguramente durante la época romana. Ya Orígenes nos dice que en tiempo del emperador Caracalla, año 217 de J.C., habían sido hallados manuscritos bíblicos, hebreos y griegos, en el interior de unas jarras en las cercanías de Jericó, hallazgo del que Orígenes se benefició para el cotejo del texto del Salterio en las columnas de su Hexapla. Los fragmentos cerámicos romanos del siglo III podían corresponder a tales sucesos. También en época árabe, hacia el año 800, según el testimonio del Patriarca nestoriano Timoteo y del historiador judío caraíta Yaqob al-Qirqisani, se encontraron manuscritos hebraicos en una cueva cerca de Jericó. Todos estos hechos pueden hacernos comprender cómo de los fondos bibliográficos guardados en dicha gruta sólo nos han llegado una pequeña parte de manuscritos enteros y un tan gran número de pequeños fragmentos.

Pero el interés de esta expedición no se concretó sólo al registro de la cueva de Qumrán. Allí cerca, a un kilómetro de distancia, al sur de la cueva, había unas ruinas sobre un altozano, al borde mismo izquierdo del Wadi Qumrán, ruinas desde cuyo emplazamiento se dominaba toda la clara diafanidad del Mar Muerto. ¿Qué serían aquellas enormes ruinas? Algún viajero y orientalista como el célebre E. de Sauley las había interpretado como las ruinas de la bíblica Gomorra; el gran geógrafo de la Escuela Bíblica de Jerusalén, el P. F. M. Abel, pensaba que las ruinas y el cementerio adyacente habrían pertenecido a una secta musulmana; el gran orientalista G. Dalman ya había reconocido allí cierta influencia romana. Nuestros exploradores P. de Vaux y Mr. Harding también se fijaron en aquellas ruinas tan importantes — conocidas por los beduínos árabes con el nombre de *Jirbet Qumrán*: ruinas de Qumrán — y decidieron dedicarles una atención especial en otro viaje que llevaron a cabo en el otoño del año 1951. Ya el Profesor P. Kahle había sospechado que seguramente había de haber una estrecha relación entre los antiguos moradores de aquellas ruinas y los manuscritos escondidos en la citada gruta de Qumrán. La campaña de excavaciones emprendida entonces no podía sino comprobar dicho punto de vista e identificar el gran cenobio o monasterio de la primitiva comunidad de Qumrán. Se han podido diseñar los planos de la gran construcción, se han podido identificar sobre el terreno los acueductos que surtían de agua al convento, las cisternas, las grandes salas del refectorio, de reuniones, de la cocina, del taller de alfarería, con millares de escudillas, pero sobre todo se ha encontrado nada menos que la sala que servía de *scriptorium* a aquellos cenobitas, las rústicas mesas de arcilla y obra, restos de los tinteros y de las substancias con las que se elaboraba la tinta. Ha aflorado toda una vida de unos dos milenios de antigüedad, una vida cenobítica, monacal, dedicada a la contemplación, al rezo, al trabajo manual, y sobre todo a la copia de rollos bíblicos, religiosos, escatológicos, casi

todos polarizados en torno a la gran expectación mesiánica. Aquellas ruinas del inmenso cenobio de Jirbet Qumrán explican con luz meridiana la presencia de aquellos manuscritos en el escondrijo de la próxima cueva, y viceversa, el contenido de dichos manuscritos y fragmentos nos informaba sobre las consignas espirituales, sobre la vida de fe religiosa de aquellos monjes y copistas. Sin duda alguna había que inscribir estos moradores de Jirbet Qumrán entre los antiguos esenios o cenobitas que moraron predilectamente en aquellos parajes y de los cuales nos habían dejado unos rápidos apuntes Filón y Flavio Josefo, junto con Plinio el Viejo. Nos conviene oír la voz de estos viejos testimonios. (Seguimos la traducción de A. G. Lamadrid en su obra *Los descubrimientos de Qumrán*, Madrid, 1956.)

Filón, en *Quod omnis probus liber sit* § 12-13, dice:

Tampoco la Siria-Palestina está sin producir frutos de virtud, siendo así que está habitada, en gran parte, por la raza numerosa de los judíos. Algunos de entre ellos se llaman esenios, en número de más de 4.000, y cuyo nombre — que no se puede traducir exactamente al griego — designa, a mi parecer, la santidad, pues ellos son, si alguna vez los ha habido, servidores de Dios. No inmolan animales (1), pero se ingenian para hacer sus pensamientos verdaderamente dignos de personas consagradas al sacerdocio.

En primer lugar, ellos habitan en aldeas y huyen de las ciudades a causa de las injusticias a que están habituados sus habitantes, sabiendo bien que el contacto social a modo de aire malsano atrae a las almas enfermedades incurables.

Los unos trabajan la tierra; los otros, dados a las artes que fomentan la paz, se hacen útiles a ellos mismos y a sus prójimos sin preocuparse de amontonar tesoros de plata y oro, sin adquirir grandes parcelas de tierra para aumentar sus rentas, mas se contentan con lo necesario

(1) Los nuevos descubrimientos han probado que en Qumrán se practicaron sacrificios de animales.

para las necesidades de la vida. Porque casi solos, aislados de todos los hombres, sin riquezas ni propiedades, más bien por gusto que por falta de posibilidades, ellos se tienen por muy ricos, complaciéndose en sus pocas necesidades, y se muestran fácilmente satisfechos.

No se encuentran entre ellos fabricantes de dardos, venablos o espadas, ni de escudos, cascos o corazas, ni, en general, personas que manejen armas o máquinas, ni nada de lo que sirve para la guerra, ni nada tampoco de lo que puede ser mal empleado en tiempo de paz.

Ellos no tienen idea, ni siquiera en sueños, del comercio o de la venta al por menor, ni de la navegación; ellos se desentienden de todo esto como de peligros de lucro o ganancia.

No se encuentra ni un solo esclavo entre ellos. Todos son libres y se ayudan los unos a los otros mutuamente. Condenan la servidumbre no sólo como injusta, porque ella destruye la igualdad, mas positivamente como una impiedad que atenta contra la ley de la naturaleza, que ha engendrado iguales a todos los hombres y por igual los sustenta como madre, y que los ha hecho hermanos no sólo de nombre sino de verdad.

En cuanto a la filosofía, ellos descuidan la lógica con sus términos rebuscados como inútil para adquirir la virtud, y lo mismo consideran la física con sus preocupaciones astronómicas como fuera del marco de la naturaleza humana, si no es cuando ella enseña la existencia de Dios y el origen del universo; pero ellos se aplican fuertemente a la moral, tomando siempre por norma las leyes de sus antepasados, las cuales no habrían sido concebidas por el espíritu humano si no hubiese estado inspirado por Dios. Ellos las estudian en todo tiempo, pero, sobre todo, los días séptimos, Porque el séptimo día lo tienen por santo; en él se abstienen del trabajo y van a lugares santos que llaman sinagogas. Allí los jóvenes, colocados según su edad detrás de los ancianos, se disponen a escuchar con la debida atención. Entonces cada uno toma su libro y

lee, y uno de los más adelantados sale al medio y explica lo que no es tan fácil de entender, pues con frecuencia la doctrina se da allí bajo símbolos al modo rebuscado de los antiguos.

Allí se enseña la piedad, la santidad, la justicia, la vida de familia, la vida civil, el conocimiento de las obras verdaderamente buenas, malas e indiferentes; a elegir lo que conviene y a huir de lo contrario, tomando por principio una triple profesión de afecto a Dios, a la virtud y a los hombres.

El amor de Dios se manifiesta en multitud de casos concretos: un estado de pureza durante toda la vida en las relaciones con el prójimo, en no jurar, no mentir, creer que lo divino es causa de todo bien sin ser causa de ningún mal.

El amor a la virtud incluye el desapego de riquezas, de la vanagloria y del placer, la templanza, la fortaleza, la frugalidad, la simplicidad, el compadecimiento, la modestia, el respeto al derecho, la constancia y todo lo comprendido en las buenas costumbres.

El amor a los hombres comprende la benevolencia, la equidad y la mejor distribución posible de bienes materiales, de la cual no estará de más decir algo. Y, en primer lugar, ninguno tiene cosa propia que no pueda llegar a ser común a todos, porque además de que ellos viven en común, sus casas están abiertas a los que vienen de fuera. En segundo lugar, ellos no tienen más que una despensa para todos y unas bodegas comunes. Los vestidos son comunes y la comida también. ¿Dónde se podría encontrar mejor establecido el uso del mismo techo, del mismo vestido o de la misma mesa? En ellos es una consecuencia natural de su género de vida, pues todos los salarios recibidos por su trabajo diario no los guardan para sí, sino que los ponen en común, ofreciendo al servicio de todos la utilidad que de ello se pueda sacar. Los enfermos no quedan sin cuidado y faltos de recursos personales, ya que ellos tienen a su disposición en la comunidad todo lo

necesario para curar sus dolencias y pueden, además usarlo sin escrúpulo. Se respeta a los ancianos y se les cuida como a padres bien queridos, sin escatimar nada, lo mismo que serían asistidos los padres por hijos dignos verdaderamente de tal nombre, que prodigarán a aquéllos las buenas obras de sus manos con el pensamiento siempre atento.

He aquí cómo una filosofía que desconoce la elegancia de los términos griegos forma atletas de virtud proponiéndoles como ejercicios gimnásticos las acciones laudables que afirman su entera libertad.

* * *

He aquí otro pasaje de Filón (*La Apología*) conservado por Eusebio en su *Praeparatio Evangelica*, VIII, 11: [Los esenios] están esparcidos por numerosas ciudades y pueblos de Judea y forman grandes grupos. Su institución no se basa en los lazos de familia, ya que entre ellos existen los lazos de la sangre, sino en la emulación común por la virtud y en la práctica del amor mutuo. Nadie nace en la comunidad, ni se permite la entrada en ella a los niños y jóvenes, dado que los años de la juventud son inestables a causa de su poca madurez. Sólo se admiten hombres hechos, libres ya de los ataques de la carne y vehemencia de las pasiones; y constituídos, por tanto, en un estado de libertad y equilibrio. Libertad y equilibrio que prueban con su conducta diariamente.

No tienen propiedad alguna privada y personal, ni casa, ni siervos, ni campos, ni haciendas, ni nada que pueda rendir interés o dinero, sino que todo es común. Cierto que de esta propiedad en común todos se ven asimismo beneficiados. Tienen habitación común también, aunque esta comodidad sea relativa, ya que se hallan distribuidos en distintos grupos. En común y en público toman también sus decisiones.

Se entretienen en ocupaciones diversas, pero siempre con asiduidad y constancia, desde antes de salir el sol hasta

que se ha puesto y lo mismo en verano que en invierno. Encuentran en el trabajo gran satisfacción, no menos que los que se dedican al deporte en sus ejercicios gimnásticos. Y los creen más útiles que éstos, lo mismo para el alma que para el cuerpo. Además, el trabajo, como ejercicio más moderado que es, se puede prolongar hasta la vejez, mientras los ejercicios gimnásticos pierden su razón de ser después de la juventud.

Algunos se dedican a la agricultura y también a todas aquellas obras de artesanía necesarias para la vida mientras no ofendan la modestia. Los intereses que de todas estas actividades se pueden derivar van a parar a manos de un inspector, nombrado para esto por sufragio universal, quien los empleará en beneficio de toda la comunidad.

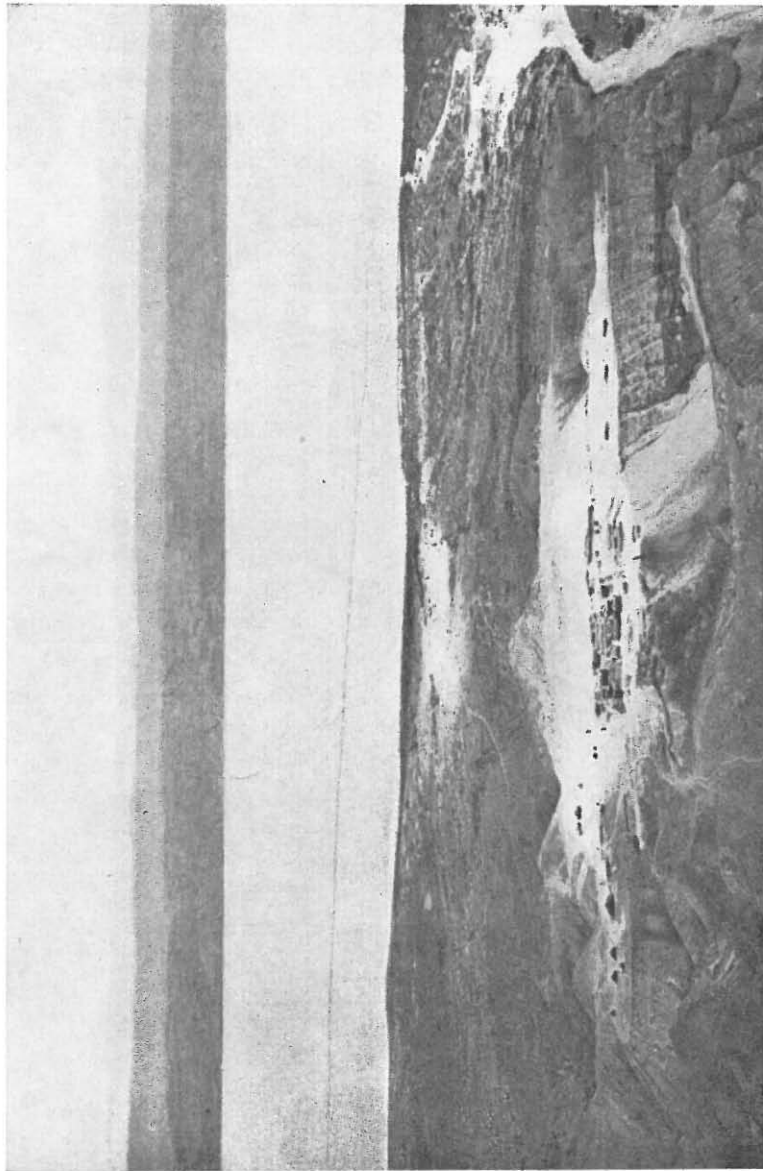
Siempre comen lo mismo y en común: gustan de la frugalidad y evitan el lujo como perjudicial para el cuerpo y para el alma. La misma norma vale para los vestidos: un poco más fuertes y tupidos para el invierno, simples y ligeros para el verano.

La comunión es perfecta, pues lo que tiene uno pertenece a todos y lo que tiene la comunidad entera se considera a disposición de cada uno.

Si alguno cae enfermo es también atendido por la comunidad. Por lo que se refiere a los ancianos pasan sus últimos días en una paz suave y feliz, no de otro modo que lo pasan aquellos que tuvieron una descendencia numerosa.

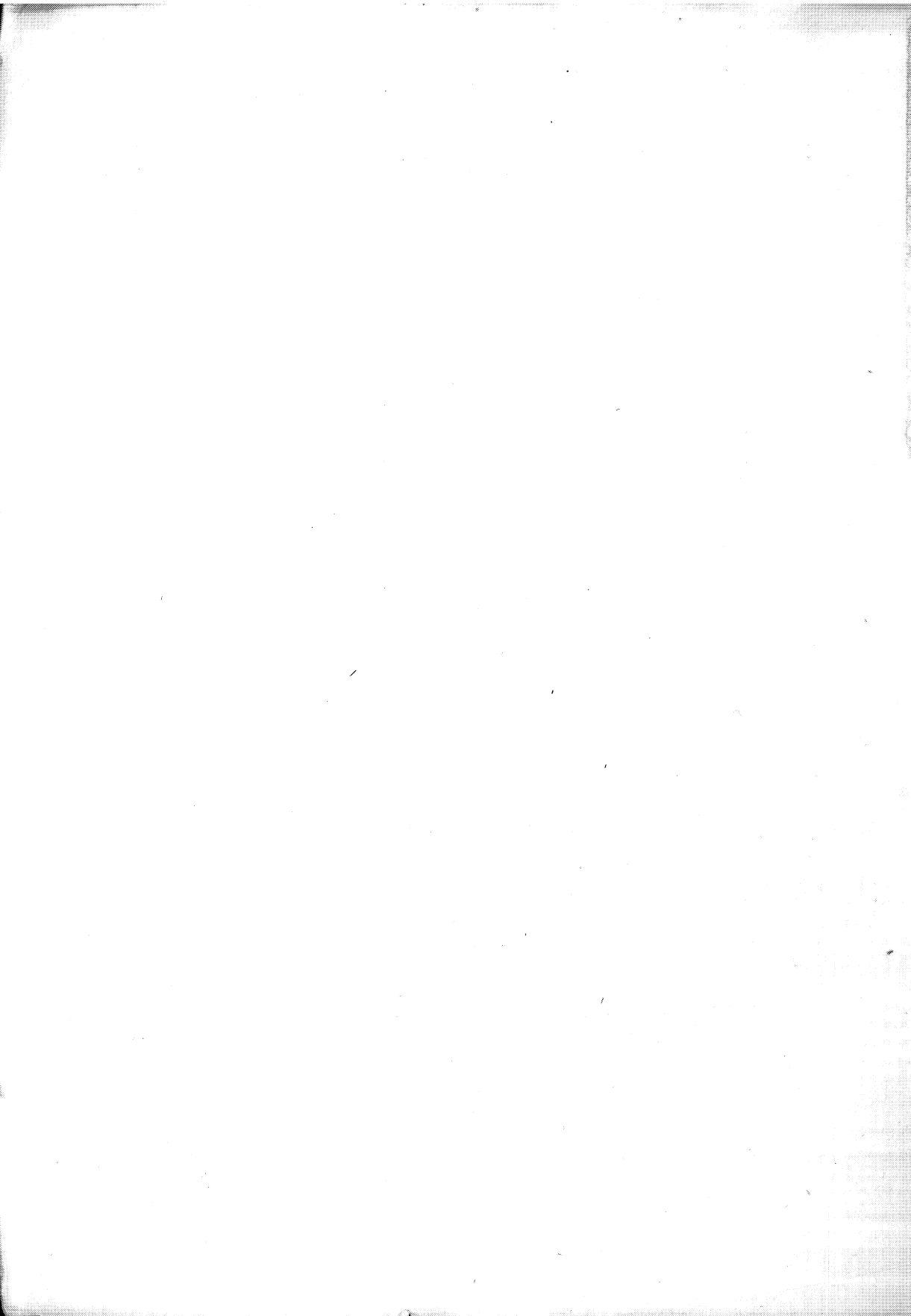
Se abstienen del matrimonio por creer que él constituye un grave obstáculo para la vida común y practican continencia perfecta (1). De este modo ningún esenio se casa, ya que la mujer se ama a sí misma desmesuradamente, es sumamente celosa y llega a atentar contra las buenas costumbres del hombre y seducirle con sus halagos y engaños. Al modo de una actriz se presenta en escena con palabras aduladoras y con artificios de simulación, de modo

(1) Ya es sabido que algunos esenios practicaban el matrimonio. Véase más adelante.



Las ruinas de Qumrán. Al fondo, el Mar Muerto y los Montes de Moab

Foto Starcky



que comienza cautivando la vista y el oído y termina por esclavizar y sumergir en el error a la facultad rectora, la razón. Si llega a tener hijos, entonces, llena de insolencia y presunción, publica abiertamente lo que antes decía solamente a escondidas, y rompiendo con el pudor obra con violencia. Todo lo cual es un gran inconveniente para la vida en común. El hombre, enredado por las lisonjas de la mujer o por la preocupación de los hijos o por cualquier otra necesidad natural, no es ya el mismo de antes, sino otro muy distinto: de libre se ha ido haciendo poco a poco siervo.

Esta es la vida de los esenios, digna de ser imitada por todos. De aquí que no sólo los particulares, sino hasta los reyes mismos les han admirado y añadido con sus alabanzas nuevo brillo a la dignidad intrínseca de la institución.

* * *

He aquí cómo nos informa Flavio Josefo en su *De bello judaico*, II, VIII, 2-13:

2. Los judíos se dividen en tres sectas por lo que al cultivo de la filosofía se refiere: la primera es la de los fariseos, la saducea la segunda, y la tercera, que goza de fama de santidad, es la de los esenios.

Estos últimos son judíos de raza y están unidos entre sí con mutuo afecto, más que en ninguna de las otras. Consideran los placeres como un mal, mientras tienen por gran virtud la templanza y el dominio sobre las pasiones.

El matrimonio está en desprecio entre ellos, pero adoptan niños de otros mientras son todavía jóvenes y dóciles a las enseñanzas. Los aprecian como a sus propios hijos y los modelan según sus costumbres. Ciertamente, no condenan totalmente el matrimonio ni la generación humana, mas se guardan de la lascivia de las mujeres y están persuadidos que ninguna de ellas guarda fidelidad a su marido.

3. Desprecian las riquezas y es admirable en ellos la comunidad de bienes: allí nadie posee más que los otros.



Existe, en efecto, entre ellos la ley que obliga a depositar en la bolsa común el patrimonio personal al momento de ingresar en la comunidad. De este modo entre ellos no hay ni pobres ni ricos, antes bien, teniendo en común los haberes de todos, todos poseen como hermanos un solo patrimonio.

Tienen el aceite por una cosa impura, y si alguno involuntariamente se mancha con ello, se limpia el cuerpo: ellos en efecto, consideran requisito indispensable de belleza el tener la piel seca e ir vestidos de blanco. Los administradores de los bienes comunes son elegidos por todos y a cada uno se le encarga de su ministerio concreto.

4. No están reunidos en una sola ciudad, sino esparcidos en distintos sitios. A los miembros de la secta que vienen de fuera se les concede uso libre de todas las cosas como si fuesen suyas propias y son recibidos como personas íntimas, aunque jamás se les haya visto. Por lo cual no llevan nada consigo cuando salen de viaje, aunque éste sea a sitios remotos, si bien nunca dejan las armas por miedo a los ladrones. Por lo demás, en todas las ciudades donde habitan hay nombrado un comisario encargado de proveer a los huéspedes de vestido y comida.

En cuanto al vestido y porte exterior se parecen a los jóvenes educados con rigor: no cambian de vestidos ni calzado hasta tanto que estén bien gastados por el tiempo. No compran ni venden nada entre sí; sin embargo, cada uno cede de lo suyo a quien tiene necesidad y recibe a su vez de éste lo que le conviene. Es más, aun sin cambio previo cada uno es libre para coger de cualquiera lo que le parezca.

5. Su piedad para con la Divinidad es extraordinaria. Antes, en efecto, de que salga el sol no pronuncian palabras profanas, sino sólo ciertas oraciones tradicionales que rezan de cara al astro solar como si suplicaran su pronto aparecimiento. Después de las cuales cada uno es enviado por los superintendentes a su trabajo concreto. Después

de haber trabajado duramente hasta la hora quinta, se reúnen de nuevo en un sitio y, una vez vestidos de blanco, se van a lavar sus cuerpos con agua fría. Terminada esta purificación van todos juntos a un recinto especial, donde ninguno que sea de otra creencia puede entrar, y ellos solos, así purificados, entran en el refectorio como en un santo templo. Sentados en silencio, reciben, por orden, de manos del panadero, los panes, y de manos del cocinero, un solo plato con una sola especie de comida. El sacerdote empieza rezando y ninguno puede gustar cosa alguna antes de la oración. Terminada la comida, reza de nuevo el sacerdote. De modo que, tanto al principio como al fin, ellos veneran a Dios como Providencia de las necesidades de la vida. Entonces, depuestos sus vestidos blancos como cosa sagrada, nuevamente van al trabajo hasta la tarde. A este punto vuelven a casa y cenan de la misma manera en compañía de los huéspedes, si es que hubiera alguno de paso entre ellos.

No se oye en casa ni ruido ni clamor alguno: para hablar se ceden la vez los unos a los otros por orden. A los extraños este silencio les parece el marco de algún misterio espantoso, mientras la única razón verdadera es la sobriedad continua y su hábito de medir con la justa medida el uso de la comida y de la bebida.

6. En cuanto a las otras cosas no hay ninguna que ellos hagan sin el permiso de los superintendentes. Dos solamente dependen de su libre voluntad: la asistencia al necesitado y la misericordia. Es lícito, en efecto, prestar ayuda, según el propio parecer, a aquellos que lo merecen cuando están en necesidad, y suministrar alimentos a los indigentes. No es lícito, sin embargo, hacer donativos a los parientes sin el permiso de los directores.

Administran la ira con equidad y refrenan sus pasiones. Son fieles sobremanera y ministros de la paz.

Cualquier palabra suya tiene más fuerza que un juramento. Se abstienen del juramento, ya que le consideran peor que el perjurio, pues consideran ya condenado por sí

sólo a quien no merece crédito sin reforzar sus palabras con la apelación a Dios.

Tienen en gran estima los escritos de los antiguos, seleccionando especialmente los que se refieren al provecho del alma y del cuerpo. Curan las enfermedades a base de raíces medicinales y con ciertas piedras de propiedades especiales.

7. Aun a los más deseosos de entrar en su secta no se les concede inmediatamente la entrada, antes bien se le impone al candidato durante un año la misma norma de vida que a la corporación, si bien vive fuera todavía y se le entrega ya una pequeña papeleta, una faja para sus lomos y un vestido blanco. Si da pruebas de templanza se adentra más en la vida de la comunidad y participa del agua de purificación, pero no es admitido todavía a los actos de la comunidad. En un segundo tiempo, que duraba dos años, se sometía a prueba el temperamento del postulante, y entonces, si se encontraba digno, se le inscribía en la sociedad. Mas antes de participar a la mesa común, él ha de prestar juramentos formidables: en primer lugar, de piedad hacia Dios, de justicia para con los hombres, de no dañar a nadie ni por propia voluntad ni por mandato de otro, de odiar siempre al injusto y ayudar al justo, de observar fidelidad hacia todos, especialmente a los constituídos en autoridad, ya que ésta no reside en los hombres, sino en el beneplácito de Dios; de no portarse con insolencia si él mismo llega al poder y de no distinguirse en este caso de sus súbditos pomposamente en el vestido u otros especiales ornatos, de amar siempre la verdad y confundir al mentiroso, de guardar las manos del robo y el alma de la ganancia injusta, de no esconder cosa alguna a los miembros de la secta ni manifestar las de éstos a los extraños, aunque por ello haya de ser torturado hasta la muerte. Además de éstos, presta también el juramento de no transmitir a los pertenecientes a la secta los estatutos de la misma de modo diverso a como los ha recibido, de guardarse del bandidaje, y de custo-

diar cuidadosamente tanto los libros de la secta como los nombres de los ángeles. Con todos estos juramentos ellos se aseguran la fidelidad de los que ingresan.

8. Los que son cogidos en falta grave son expulsados de la corporación, y el expulsado termina, con frecuencia, sus días de una manera miserable. Obligado como queda por los juramentos que ha prestado y por las costumbres que ha adquirido, no puede ya aceptar la invitación que le hacen los profanos, alimentándose entonces de yerbas, y consumiendo su cuerpo con el hambre, termina por morir. Por lo cual, movidos de compasión, ellos reciben de nuevo a muchos miembros expulsados que estaban para dar el último suspiro, juzgando suficiente para sus faltas una pena que los había conducido hasta las puertas de la muerte.

9. En las cuestiones judiciales son muy exactos y justos: juzgan tribunales no menores de cien jueces, si bien su sentencia es irrevocable. Tienen en gran veneración, después de Dios, el nombre del Legislador, y si alguno le blasfema es condenado a muerte. Estiman como cosa decorosa la obediencia a los ancianos y a la mayoría, de modo que en un consejo de diez personas uno no hablaría sin el consentimiento de los otros nueve.

Se guardan de escupir en presencia de otros o a la parte derecha, como también de trabajar los días séptimos, y esto con más rigor que el resto de los judíos: no sólo preparan los alimentos el día antes con el fin de no encender el fuego en ese día, pero ni siquiera se atreven a remover un utensilio de su sitio o ir a evacuar. En los demás días hacen un hoyo de un pie de profundidad con la paleta que recibieron el día de ingresar en la secta, y, rodeándose a sí mismos con los vestidos de modo a no ofender los divinos rayos de la luz, se sientan sobre él y luego vuelven a echar sobre el hoyo la tierra excavada. Hacen, además, esto escogiendo los lugares más solitarios. Aunque esta expulsión de las inmundicias corporales es algo natural, sin embargo es norma suya purificarse después de ella como si hubiesen quedado contaminados.

10. Se dividen en cuatro clases según el tiempo que llevan en el seno de la comunidad, y los más novicios son tan inferiores a los más ancianos, que si éstos son tocados por los primeros, se lavan como si hubiesen estado en contacto con un extraño.

Gozan de gran longevidad, tanto que los más ancianos pasan de los cien años, y ello se debe, a lo que parece, a la simplicidad y regularidad de su vida.

Desprecian los peligros, superan con la reflexión los dolores y estiman la muerte, cuando es honrosa, más que la inmortalidad. Sus espíritus fueron expuestos a toda clase de pruebas en las guerras contra los romanos. En ellas fueron maltratados y atormentados, quemados y descoyuntados, pasaron por todo género de tormentos para ver si maldecían del Legislador o comían alimentos ilícitos; sin embargo, ellos no cayeron en ninguna de las dos tentaciones, mas ni siquiera adulaban a los verdugos o lloraban, sino que, sonrientes en medio de las penas y tratando irónicamente a los que les torturaban, entregaban serenamente su espíritu como personas que están para recibirle de nuevo.

11. Y es que entre ellos es bien cierta la opinión según la cual los cuerpos son corruptibles, mas las almas, como inmortales que son, permanecen para siempre. Además, las almas, venidas de las regiones más sutiles, habitan dentro de los cuerpos como en cárceles, atraídas hacia acá por cierto encanto natural, pero cuando de nuevo son libertadas, sueltas ya de los lazos de la carne, como salidas de una gran esclavitud, vuelven gozosas a las regiones etéreas. Para las almas buenas ellos esperan, lo mismo que los griegos, una estancia al otro lado del océano en una región sin lluvias, nieves ni ardores, antes bien refrigerados por el dulce céfiro del océano. Para las malas, en cambio, ellos guardan una caverna oscura y revuelta con incesantes suplicios. A mí me parece, por tanto, que este mismo criterio han seguido los griegos cuando han asignado las islas de los santos para sus prohombres, que ellos

llaman héroes o semidioses, y, en cambio, a las almas de los malvados, el puesto de los malos abajo en el Averno, donde ya están castigados algunos, según su mitología, tales como Sísifo, Tántalo, Isión y Tito. Con lo cual ellos afirman, en primer lugar, que las almas son inmortales y además atraen los hombres hacia la virtud y los apartan del vicio. Los buenos, en efecto, se hacen mejores durante la vida con la esperanza del premio después de la muerte y los malvados son frenados por el miedo de ver castigados sus crímenes, si bien ahora permanecen ocultos en la otra vida.

Estas son las ideas teológicas que profesan los esenios en lo referente al alma, las cuales constituyen un alimento irresistible para aquellos que han gustado alguna vez su sabiduría.

12. Los hay entre ellos que aseguran prever el futuro, ejercitándose desde la infancia en los libros sagrados, en purificaciones de varios géneros y en las sentencias de los profetas, y raramente fallan sus predicciones, si es que han fallado alguna vez.

13. Existe todavía un segundo grupo de esenios que están de acuerdo con los demás en lo que se refiere a la vida ordinaria, a las costumbres y a la legislación, mas disienten de ellos en lo que se refiere al matrimonio. Juzgan, en efecto, que aquellos que no se casan amputan la razón principal de su vida, es decir, la generación, y que si todos pensasen de este modo la humanidad acabaría bien pronto. Éstos, por tanto, experimentan sus esposas durante tres años y, después que han tenido una triple purgación como pruebas de su fecundidad, entonces las toman. Con las encinta ya no tienen relaciones, demostrando que ellos no se casan por el placer, sino por la necesidad de tener descendencia. Las mujeres siempre van a los baños con alguna de sus ropas, lo mismo que los hombres llevan un paño de cintura.

Tales son las costumbres de este grupo.

* * *

He aquí cómo habla de los esenios Plinio en su *Historia Natural*, V, 17:

Al occidente del mar Muerto, y a una distancia donde ya no llegan sus dañinos vapores, viven los esenios, hombres solitarios y admirables entre todos los pobladores de la tierra; sin mujeres, ya que han renunciado a los placeres de la carne, y sin dinero; su única compañía son las palmeras. Crece sin cesar la muchedumbre de los asociados, gracias a las nutridas oleadas de aquellos que, hastiados de la vida, tuvieron la suerte de ser atraídos a su convivencia. De este modo se perpetúa a través de los siglos esta raza, en la que nadie nace: tan fecundo ha sido para ellos el tedio y hastío de los demás. Al sur de ellos estuvo la ciudad de Engadi, la segunda después de Jerusalén por su fertilidad y florestas de palmeras; ahora, sin embargo, es un montón de cenizas, lo mismo que Jerusalén.

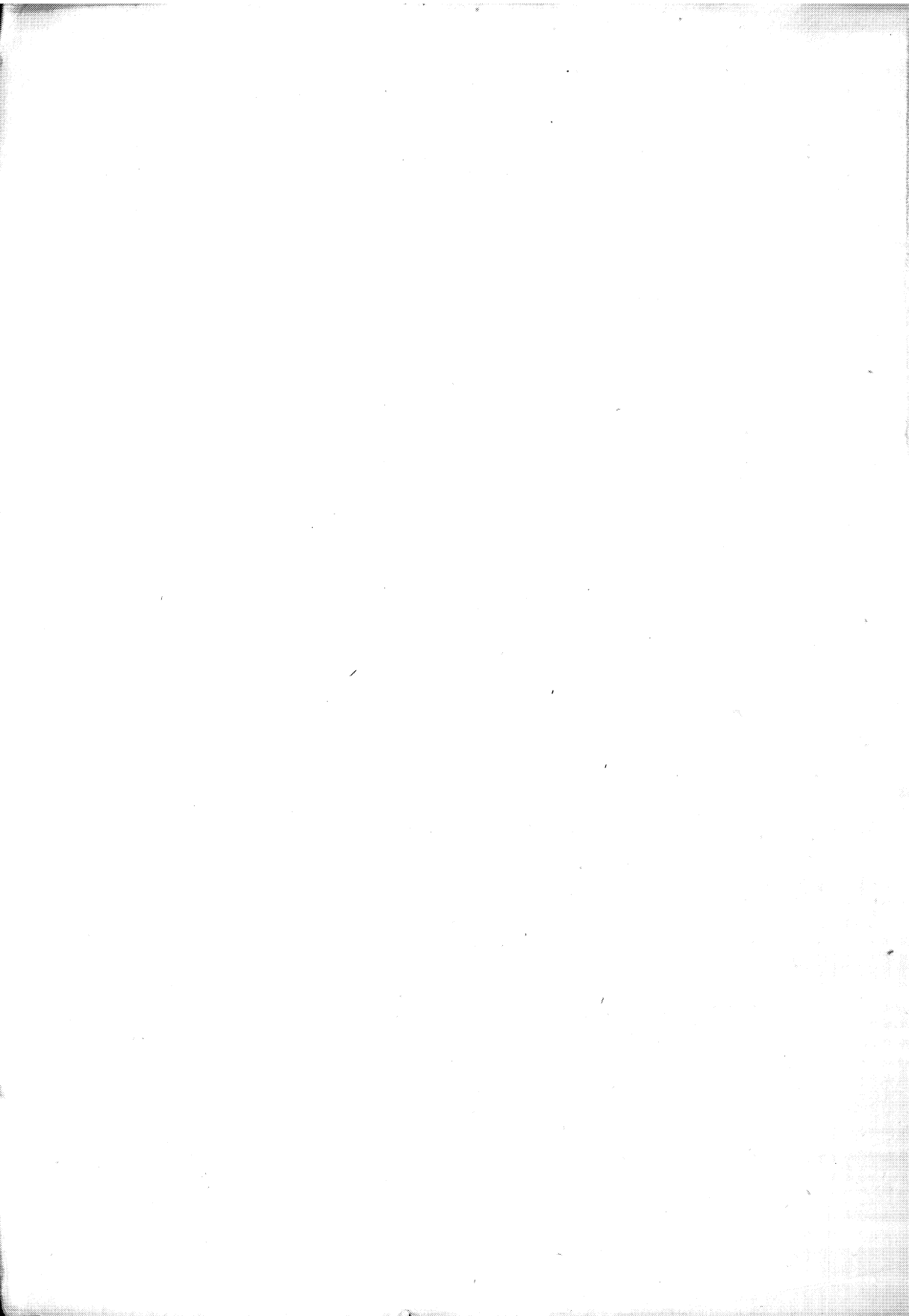
* * *

A estos testimonios de célebres autores hay que sumar el testimonio que nos ofrecen las fuentes rabínicas, la *Michná*, *Toseftá* y el Talmud — cuestión últimamente elucidada por el Profesor S. Lieberman —, sobre el gran florecimiento entre los judíos, desde la época de los Macabeos, de la vida en común, dentro de cofradías, comunidades *haburot*, a fin de precaverse del peligro de la contaminación de los paganos y de la gente ignorante de los preceptos de la Ley. Eran, en verdad, tiempos de vela del espíritu.

No cabe mayor impacto de emoción histórica que el que ofrecen las vastas ruinas de Qumrán, emplazadas en aquella baranda de margas calizas entre los últimos riscos y desconchados de los Montes de Judá y la tersa superficie cerúlea del Mar de la Sal o Mar Muerto. Todo parece



El rollo de Isaías (Q 1)



sin vida en aquel apartado lugar: la Naturaleza, tan desolada, los montes decalvados y cenicientos, las aguas sin flora ni fauna, el aire sin pájaros que lo crucen. Sólo en las orillas del Wadi Qumrán, cuyas aguas se represaban merced a algunos azudes, crecía un denso palmeral — de aquí la expresión de Plinio de que los esenios no tenían más compañía que la de las palmeras — del cual se han encontrado restos de troncos empleados para la edificación del cenobio, y asimismo allí, junto al Wadi, estaría la huerta que, en parte, proveía a los monjes. Claro está que — como de San Juan Bautista nos dice el Evangelio — también se alimentarían de miel silvestre y de langostas tostadas, manjar tan apetecido en Oriente. Si hay un lugar que nos dé la impresión de un apartamiento total del mundo, de un confinamiento fuera del comercio de los humanos, es, sin duda alguna, Jirbet Qumrán. Profunda hoyada de cerca de 400 metros más baja que el nivel del mar, con un calor agobiante y sin más horizontes que las muertas aguas del Mar de la Sal y las inhóspitas montañas de Transjordania, que se yerguen entre simas y precipicios, en uno de los cuales Herodes construyó la fortaleza de Maqueronte, prisión que había de ser de San Juan Bautista.

¿Qué afán de soledad, de retiro del mundo, de contemplación y de vida religiosa, trajo a Jirbet Qumrán a aquellos primeros cenobitas, copistas de tantos códices? Tengamos en cuenta que el impresionante cementerio que está a un lado de las ruinas presenta cerca de dos mil tumbas, todas perfectamente alineadas, y orientadas las cabezas hacia el S., mientras que las pocas sepulturas femeninas aparecen separadas en la parte exterior del cementerio. La mayor parte de los cenobitas eran, pues, célibes. Y los arqueólogos notan en el desenvolvimiento del magno edificio diferentes etapas, que van desde el siglo II antes de la era cristiana hasta fines del siglo I de J. C. Pero son los manuscritos hallados en la primera cueva de Qumrán los que nos informan mejor sobre la vida religiosa de estos

cenobitas. Aparte los rollos bíblicos de Isaías, el Comentario escatológico de Habacuc, y el *Midrás* sobre el Génesis, tenemos en la *Regla de Comunidad* y en la *Estrategia de los hijos de la Luz contra los hijos de la Tiniebla* la imagen más perfecta de aquella dura vida cenobítica, en un gran sentido de jerarquía sacerdotal, de exigencia de ascetismo, de abandono de bienes, de entrega al Señor. Dice la *Regla*: «Todos aquellos que vengan para ingresar en las filas de la Comunidad entrarán en la Alianza, ante la faz del Señor, para cumplir todo lo que Él ha ordenado, y no volverle las espaldas por miedo alguno, cuando sean tentados por el poder de Belial». Una confesión general de los pecados marcará la entrada en la Comunidad, confesión hecha ante los sacerdotes y los levitas, seguida luego por la bendición de los sacerdotes: «Bendígate el Señor con todo bien y presérvete de todo mal, ilumine tu corazón con la sabiduría que vivifica...». Al par de estas bendiciones de los sacerdotes, había las maldiciones de los levitas para los hipócritas y los hijos de Belial, bendiciones y maldiciones que eran coreadas, al final, por todos los miembros de la Comunidad, los que respondían: «Amén, amén».

Esta entrada en la Alianza era renovada anualmente entre ritos lustrales en la fuente de purificación, pero exigiéndose siempre, con el rito, la pura y recta vivencia del cofrade: «Por el Espíritu de santidad, viviendo en su recta unidad, se purifica de todos sus pecados, y por el Espíritu de rectitud y humildad son expiadas sus iniquidades». Se requería un espíritu de verdad, enfrente del espíritu de disipación, y los hijos de la luz, dirigidos por el Príncipe de la luz, se alineaban enfrente de los hijos de las tinieblas conducidos por su Ángel de maldad. Este Ángel de tinieblas es el que va tentando a todas horas a los hijos de la luz a fin de hacerlos caer en sus redes; mas el Dios de Israel viene en ayuda de los hijos de la luz, para salvarlos en su combate salvífico. Este espíritu pugnaz, combativo, llamado, con cierta impropiedad, dualista, es el que se res-

pira en estos textos de Qumrán, acompañado de la esperanza indeficiente de que, al fin de los tiempos, en los días escatológicos o mesiánicos acaecerá el gran triunfo de la verdad, la victoria del pequeño resto, de la humilde albañía de los pugnaces ascetas.

En esta vida en común, en este alertado ascetismo de los monjes de Qumrán, transcurría su existencia, entre la labor cotidiana en la huerta, en el *scriptorium*, entre frecuentes asambleas y convocatorias, siempre jerarquizadas — a veces, en exceso, pues el simple contacto o roce del superior con el novel aspirante contaminaba al primero —, con una gran exigencia de fidelidad y un implacable y minucioso código penal que sancionaba las más mínimas defecciones a la disciplina.

Pero nos equívocaríamos si creyéramos que entre los cenobitas de Qumrán el ritualismo, la ceremonia primaba sobre el auténtico espíritu. Las bendiciones y los himnos eucarísticos subían constantemente como un humo de sacrificios pacíficos, de la boca y del corazón de los profesos. Es el estro, la inspiración de los mismos Salmos que repercute en estos himnos de Qumrán, es todo aquel derramarse del espíritu de los pobres, de los humildes, de los perseguidos, que informa una gran parte del Salterio, lo que continúa aquí, de una manera inefable, con ecos tan fieles como vivaces: «Yo quiero cantar (al Señor) de una manera plena, y los acentos de mi lira se expanden para celebrar la gloria de Dios. Mi cítara y mi arpa glorifican Su santa voluntad, mientras levanto el tono de mi flauta en honor de Su justicia. Cuando se levanta el día y cuando se extingue, al llegar la noche, yo en verdad quiero ingresar en la Alianza de Dios, mientras cuando se despliega la tarde y cuando se descubre la mañana, yo quiero enunciar Sus decretos. Y en ellos quiero establecer mi morada para no alejarme nunca más. Yo narraré Su justicia frente a mis iniquidades, mientras mis transgresiones serán para mí como un decreto en relieve». «Yo llamaré a Dios: Tú eres mi justicia, y diré al Altísimo: Tú eres mi morada de fe-

licidad, la fuente de mi conocer, la casa de mi santidad, la sublime gloria, el Omnipotente, la eterna Majestad». Como vemos, la posición moral de estos poetas religiosos y monjes de Qumrán es netamente bíblica, el Señor es el que purifica el corazón y el alma del hombre piadoso, Él es quien da la gracia y el que infunde un nuevo espíritu. No basta la justificación por el simple ritualismo de unas obras. Esto no es afirmar, como les imputa Flavio Josefo, que todo lo hacían depender del destino. He aquí como se produce el poeta en un Himno eucarístico: «Yo te doy gracias, Señor, porque has liberado mi vida del abismo y has levantado mi alma desde el Seol destructor hasta las cumbres de la eternidad. Yo ando por una senda llana, sin angustias, y sé que hay una esperanza para el hombre que Tú has formado del polvo con designio de eternidad. Tú has purificado el espíritu pecaminoso, a fin de que pueda lograr un lugar en el ejército de los santos y contarse en la comunidad de los hijos de los cielos».

Véase el estro, tan bíblico, del siguiente pasaje:

HIMNO (*Osar ha-meguilbot ha-guenuzot*, pág. 43)

Desde mi juventud Tú me has aparecido con la sabiduría
y con firme fidelidad Tú me has sostenido. [de tus juicios
Con tu Espíritu Santo me has llenado de delicias,
y me [has guiado] hasta el momento presente.
Tu justa reprensión alcanza a mis pensamientos,
y la observancia de tu paz es a fin de liberar mi alma;
a lo largo de mis vías hay abundancia de tus perdones,
y con generosidad de gracias Tú litigas conmigo;
en la edad anciana Tú me corroborarás,
pues mi padre llega a no conocerme
y mi madre a Ti me ha confiado,
ya que Tú eres un padre de todos los hijos de verdad;
Tú te regocijas con ellos,
como la mujer se compadece de su niño de pecho,
y, como un tutor, Tú sustentas en tu regazo
a todas las criaturas obra de tus manos.

Hemos de notar esta especial generosidad del alma de los poetas religiosos de Qumrán, que se complacía en toda esta Himnodia eucarística, en querencia de la más alta glorificación del Señor. Todo el curso del día iba jalonado desde la mañana, con el orto del sol, hasta el crepúsculo vespertino, de una serie de bendiciones: «Al comienzo de mis idas y de mis vueltas, al sentarme y levantarme, cuando me acueste, le alabaré y le bendeciré con la oblación que sale de mis labios». «Antes de gustar los deliciosos frutos de la tierra, yo haré lo mismo.» «En el momento de la congoja y de la pena, yo Le bendeciré cantando sus maravillas y meditaré en su poder. Ciertamente sobre su gracia me corroboraré todos los días.» Así era el pálpito cordial de aquella pequeña comunidad de Qumrán, que allí, en la orilla desolada del mundo, vivía más de cara al Señor que de cara a los hombres.

* * *

En el curso de este trabajo ya hemos hecho alusión a las diversas cuevas de Qumrán; hasta el año 1956 se han descubierto nada menos que once cuevas en dicha región, todas ellas habiendo proporcionado material arqueológico y paleográfico, o sea, textos manuscritos, enteros o fragmentarios, procedentes, sin duda, de la comunidad de Qumrán. Algunas de dichas cuevas habían sido ya visitadas o saqueadas anteriormente, mientras que otras, como la cueva número 4, hallada, en septiembre de 1952, en los mismos riscos de la cornisa erosionada de los Montes de Judá, no lejos de Jirbet Qumrán, hacia el Wadi adyacente, ha sido singularmente rica, quizá la más rica de todas. Bien puede decirse que desde el año 1952 al 1956, el desierto de Judá ha sido recorrido en todos sus repliegues y se han inspeccionado todas sus grutas, ya por los beduínos, incansables y ansiosos de tesoros, como por comisiones de técnicos especializados como los citados P. de Vaux, Mr. Harding, el Rdo. Milik, el Profesor Cross, del *Mc Cor-*

mick Theological Seminary de la Universidad de Chicago, etcétera. Al lado de estas cuevas de Qumrán hay que citar las dos cuevas de Wadi Murabbaat, a unos 18 kilómetros al sur de Qumrán, cuevas habitadas desde los tiempos calcolíticos hasta los mismos días de la segunda rebelión judaica, como puesto militar de los judíos, y que, al parecer, no tienen relación directa con la comunidad de Qumrán; sus hallazgos han sido muy notables: un papiro palimpsesto, que data del siglo VIII-VII a. de J.C., escrito con caracteres arcaicos, análogos a los de los *ostraka* de Laquis; hay también diferentes textos fragmentarios bíblicos: pasajes del Pentateuco, de Isaías, una filacteria con los textos hebraicos prescritos por los rabinos — a diferencia de otras filacterias más antiguas, halladas en otras cuevas: números 1 y 4, que presentan en su interior el texto del Decálogo —, contratos redactados en arameo o en griego, un quirógrafo o certificado de deuda, fechado en tiempo del cónsul romano Statilius Severus (171 antes J.C.), otro documento en el que aparece el nombre del emperador Cómodo. Pero lo más trascendental de los hallazgos de Wadi Murabbaat es el lote de documentos relativos a la segunda sublevación judaica, capitaneada por el falso Mesías Simón bar Coquebas, de lo cual nos hacemos eco en otro lugar. Es interesante subrayar que la modernidad de redacción de los textos bíblicos hallados en Wadi Murabbaat se acusa en su ortografía ya fijada análogamente a la de nuestro *Textus receptus* de la Biblia.

En la gruta número 3 de Qumrán se encontraron tres planchas de cobre arrolladas, las cuales últimamente se cortaron en tiras, en la Universidad de Manchester; han dado un texto curioso que es una lista de los lugares en los cuales se habían escondido unos tesoros que quizá remontan al primer Templo de Jerusalén. Pero la cueva más rica en manuscritos es la cueva número 4, descubierta por los beduínos y explorada luego concienzudamente por los PP. de Vaux y Milik. Nada menos que se han encontrado en ella unos sesenta manuscritos de libros bíblicos, no solamen-

te correspondientes a los libros protocanónicos, sino también a los deuterocanónicos. Del libro de Tobías ha aparecido un texto fragmentario en hebreo. Muy rico es el contenido en Comentarios sobre libros bíblicos: Comentarios a los Salmos, a Nahum, a Miqueas, del mismo estilo del Comentario a Habacuc hallado en la primera cueva; asimismo hay listas de citas bíblicas o de profecías de carácter mesiánico; también están muy bien representados los libros llamados apócrifos, singularmente los de acusado carácter escatológico, escritos en hebreo o en arameo: el *Libro de los Jubileos*, el de *Enoc*, el *Testamento de Levi...*; se han encontrado en esta cueva nuevos ejemplares de la *Regla de la Comunidad*, del *Documento de Damasco*, de la *Regla de la guerra de los hijos de la Luz y los hijos de la Tiniebla*; hay otros escritos en una especie de escritura criptográfica, formada por tipos de diferentes alfabetos, arcaicos y más cursivos, y que han de leerse en dirección arbitraria. Damos a continuación una lista de los hallazgos de estas diferentes cuevas de Qumrán:

Manuscritos de 2Q (cueva segunda de Qumrán):

A) *Textos bíblicos:*

Restos de dos manuscritos sobre Génesis, uno sobre Éxodo, y otro sobre Levítico — en escritura paleohebraica —, y de distintos más sobre Números, Deuteronomio, Jeremías, Job, Jonás, Salmos, Rut, Eclesiástico.

B) *Textos extrabíblicos:*

Libro de los Jubileos: varios fragmentos.

Descripción de la Nueva Jerusalén (publicado en *Revue Biblique* (1955), pág. 222).

Manuscritos de las cuevas 3Q, 5Q y 6Q:

Varios fragmentos del Génesis, Levítico, Deuteronomio, Reyes, Salmos — del Salmo 2 —, Cantar de los Cantares, Isaías, Lamentaciones, Daniel.

Manuscritos de la cueva 4Q:

A) *Textos bíblicos:*

Deuteronomio 32, 8. 37-43 (Edit. en *The Bulletin of the American Schools of Oriental Research*, 136 (1954), páginas 12-15).

Isaías :

- 1) Tres rollos : representados por fragmentos pertenecientes a todas las partes del Libro.
- 2) Dos rollos : fragmentos de los primeros capítulos solamente.
- 3) Un rollo : fragmentos sólo de los últimos capítulos.
- 4) Tres rollos : representados por sólo unos cuantos fragmentos. (Edit. en *Ídem*, 135 (1954), páginas 28-32.)

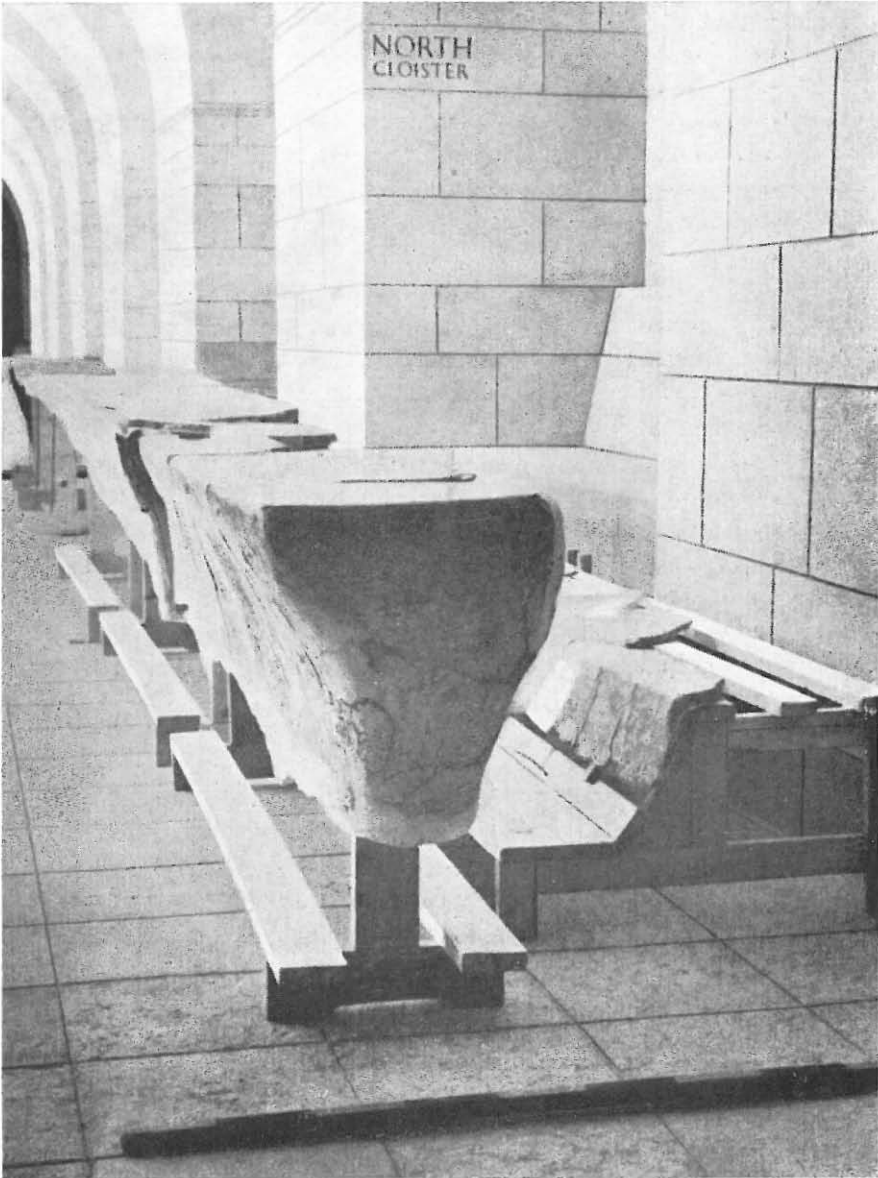
Eclesiastés : cuatro fragmentos. (Edit. en *Ídem*, 135 (1954), págs. 20-28.)

I Samuel : dos columnas. (Edit. en *Ídem*, diciembre del año 1953.)

Colección de profecías mesiánicas : Deut. 5, 28-29; 18, 18-19; Núm. 24, 15-17; Deut. 33, 8-11; Jos. 6, 26.

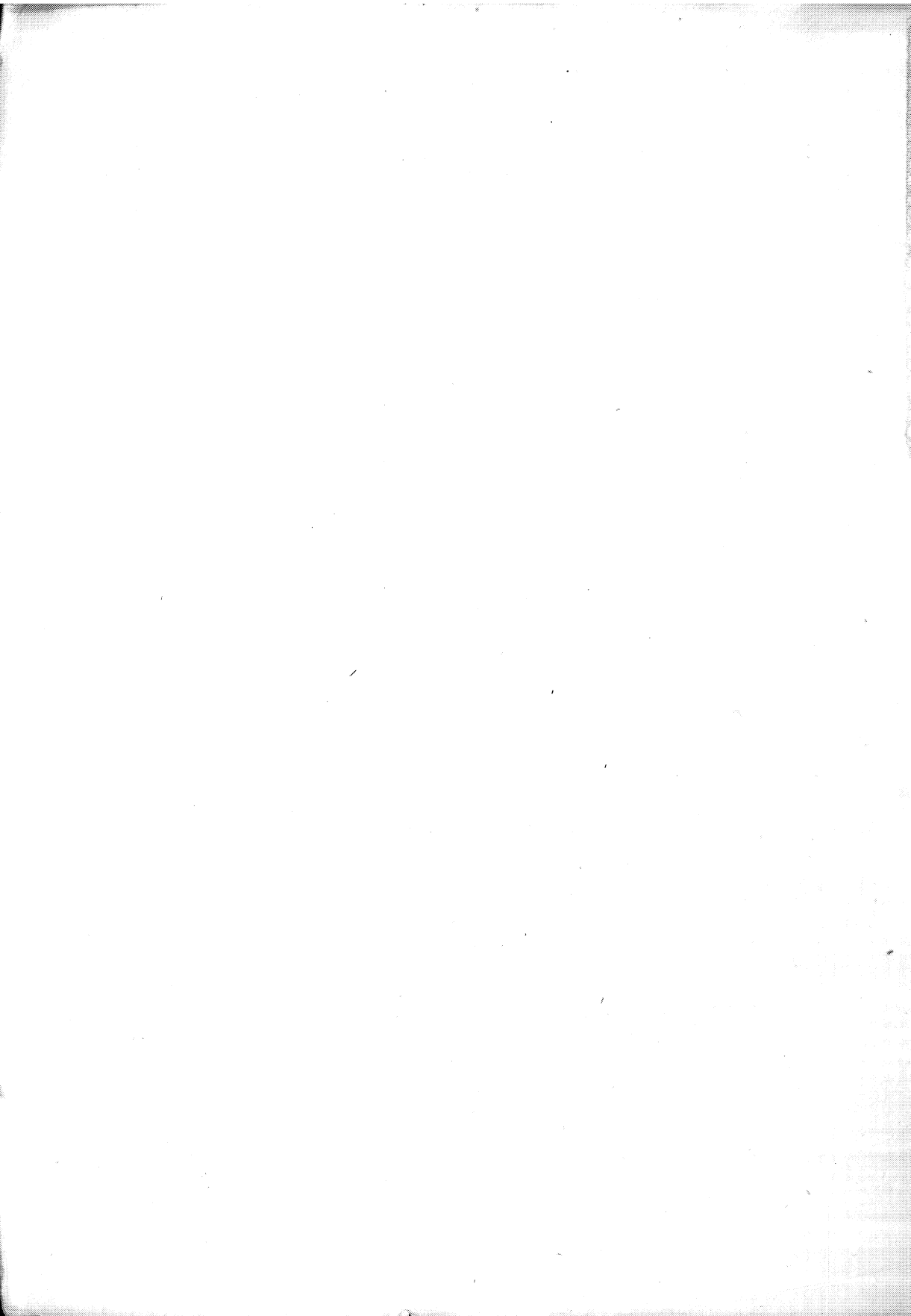
B) *Textos extrabíblicos:*

- 1) Comentarios : tres a Isaías. Comentario a los Salmos, Miqueas, Nahum, etc.
- 2) Paráfrasis bíblicas : Paráfrasis bíblicas y grupos de *Catena*: citas de Samuel, Éxodo y Profetas.
- 3) Libros apócrifos : Jubileos, Enoe — en hebreo o arameo —, Testamento de Leví.
- 4) Textos litúrgicos y jurídicos : varios manuscritos del Documento de Damasco, de la Regla de la Comunidad de Qumrán y de la Guerra de los hijos de la Luz. Una obra sobre el Zodíaco.



Las mesas del *Scriptorium* de Qumrán

Foto Museo Rockefeller



5) Manuscritos en escritura criptográfica: uno de ellos hay que leerlo de atrás hacia delante, y mezcla letras de cuatro alfabetos.

Casi al mismo tiempo que la gruta número 4 de Qumrán ofrecía sus grandes hallazgos, se descubrieron en la misma región, las cuevas números 5 y 6: la primera de las dos ofrecía los restos, ya muy macerados, de una docena de manuscritos, mientras que la cueva número 6 ofrecía también algunos fragmentos paleográficos. Pero no debían de acabar aún los descubrimientos: en la primavera del año 1955 fueron hallados en el flanco meridional de la misma terraza de Jirbet Qumrán otras cuatro cuevas — números 7 al 10 —, que ofrecieron algunos pocos fragmentos de manuscritos, hasta que, en los primeros meses del año 1956, los beduínos descubrieron en los riscos de la montaña vecina al Wadi Gofat Zabin, la cueva número 11, al parecer casi tan rica como la número 4, pero cuyos fondos no han sido aún publicados. Al parecer, se ha encontrado en esta cueva el Targum aramaico de Job, Targum que había sido escondido por el célebre Rabí Gamaliel I, el maestro de San Pablo. No podemos silenciar los hallazgos hechos en un subterráneo de las ruinas del monasterio de Jirbet Mird, al NE. del Wadi al-Nar, prolongación del torrente Cedrón: este monasterio de la época bizantina nos ha dejado restos de su biblioteca, textos hebreos, aramaicopalestinoses y aun griegos, así como algunos papiros nabateos. Pero el carácter de estos hallazgos es de cierta modernidad en relación con los de Qumrán.

* * *

Nos importa mucho, en consecuencia, cotejar, aunque sea en duro contraste, este recóndito oasis cenobítico de Jirbet Qumrán con el torturado mundo helenístico y romano que flanqueó la vida de Palestina en aquella sazón.



Con las fulgurantes conquistas de Alejandro Magno desde Tiro al Indo, todo el Próximo y Medio Oriente tendieron hacia una cierta unidad o analogía de formas políticas, religiosas y culturales. Es lo que comúnmente conocemos con el nombre de sincretismo helenístico. El mismo Alejandro y sus epígonos facilitaron esta amalgama. En la partición de la herencia de Alejandro la minúscula Palestina tocó en suerte a los Tolomeos, los que, en general, fueron benévolo y tolerante con aquel país tan peculiar y distinto, que era Israel. Pero la Palestina, por ser un corredor que une diversos continentes, por ser la ruta que comunica el valle del Nilo con el del Éufrates, era solicitada por los diferentes núcleos políticos. Desde la batalla de Panaion, habida en el año 198 entre Tolomeos y Seléucidas, Palestina entraba a formar parte de la gran unidad del Imperio seléucida. Y Antíoco Epífanes, que con mano fuerte regía entonces este núcleo político seléucida, comprendiendo toda la importancia política, de clave de paso para Egipto, que ofrecía la Palestina, quiso estar seguro de su sumisión, y para ello creyó que la mejor base de esta fidelidad estaba en una total asimilación del pequeño mundo judaico al gran y brillante mundo helenístico. ¿Cómo podían aceptarse, en nombre del progreso y de la cultura —desde el punto de vista helénico—, aquellas viejas prácticas, aquellos ancestrales ritos de los sacerdotes en el Templo de un Dios asiático y desconocido? En modo alguno, y toda la poderosísima máquina del Imperio seléucida había de volcarse para asimilar en breve plazo aquella Palestina tan particularista. La propaganda, las seducciones y las órdenes fueron atroces y tajantes. Se hizo imposible y vitando el culto de Yahvé. No sólo en el I y II de los libros de los Macabeos, sino en el Libro del Eclesiástico, escrito a principios del siglo II a. J.C., encontramos los ecos de esta gran infiltración del sincretismo helenista a través de Palestina. Y para más desgracia, era la alta hierocracia judaica la que sucumbió más rápidamente, a la deriva de sus concupiscencias y ambicio-

nes, ante esta invasión paganizante. Un usurpador, Jasón, ocupaba el cargo de Sumo Pontífice, dignidad que había pagado a peso de oro, haciendo destituir a su hermano, al piadoso Onías. Este Jasón, desde su alto puesto, daba pábulo a la total asimilación helenista del pueblo y de los sacerdotes. En ocasión de los Juegos Olímpicos quinquenales celebrados en Tiro, el Sumo Pontífice Jasón envió sus legados a Tiro con trescientas dracmas de plata, como presente para las fiestas y sacrificios que se celebraban en honor de Hércules. Pero un puñado de patriotas judíos imposibilitó el éxito de aquella impía embajada.

A su vez, Jasón fué desplazado en su alta jerarquía por un tal Menelao, que ni siquiera era de familia sacerdotal, pero que garantizó al impaciente rey Antíoco Epífanos una rapidísima asimilación del pueblo judío a la moda helenística. Fué entonces que la paganización no sólo se propulsó, sino que se impuso. El templo de Jerusalén fué saqueado bajo la misma dirección del Sumo Pontífice Menelao; un edicto real prohibía la religión mosaica, y el 8 de diciembre del año 167 una estatua de Júpiter Olímpico era puesta encima del altar de los holocaustos. Reinaba, pues, en el santuario, como nos dice Daniel y el I Libro de los Macabeos, la *abominación de la desolación*, y a lo largo de los dulces collados de Judea y de los idílicos valles de la Galilea se levantaban artísticas estatuas a todos los dioses y diosas naturalistas del paganismo sincretista, y se obligaba a los judíos, bajo pena de muerte, a rendir culto a aquellos ídolos. Jamás la Tierra Prometida había asistido a una prueba crucial como aquélla, que superaba en mucho a la de los antiguos asirios y caldeos.

Claro está que Antíoco IV Epífanos se equivocaba completamente respecto al éxito de su empresa. Podían caer y abjurar algunos jerarcas y ambiciosos, les seguirían los eternos indiferentes, pero el espíritu del Señor animaría a una selección, inervaría a un resto, a una albaquía, que sabrían dar testimonio martirial. Se alzaría el partido de

los piadosos, los *hasidim*, transcrito en griego *hasideos*, los que no dudaron en retirarse al yermo, a la estepa, antes de desertar de las vías del Señor. Y al lado de ellos se levantó valerosa la prole de Matatías, los cinco hermanos llamados Macabeos, en torno de los cuales se agruparon muchos de aquellos *hasideos*, según nos cuenta el I Libro de los Macabeos (2, 43 s.): «Entonces se unieron (a los Macabeos) la comunidad de los hasideos, hombres valerosos y estrénuos en Israel, cordialmente devotos de la Ley». Fué este heroico puñado de valientes los que detuvieron la formidable máquina política de los Seléucidas. Éstos no podían cejar en su empeño dominador, se sucedían unos generales a otros, se extremaban contra los Macabeos y su gente los artificios de la estrategia militar, los alcances de la balística de entonces; se trajeron incluso elefantes de las riberas del Indo, y los suaves senderos de Israel retemblaban al peso de los formidables ejércitos seléucidas. Pero la materia tuvo que rendirse al espíritu. Judas Macabeo, el gran adalid de los judíos, tuvo que conceder la paz al orgulloso rey seléucida.

Sin embargo, el triunfo sólo fué corto y precario. El gran sistema político seléucida no podía ceder ante el heroísmo de un puñado de *hasideos*. Y, como siempre, la labor de zapa política, el arte de la captación, logra a menudo más triunfos que la lucha frontal de las armas. Los sucesores de Judas Macabeo no supieron librarse de esta sabia política de captación de los generales y primates seléucidas. Así es que Demetrio I Sóter — cuyo nombre ha aparecido en los rollos de la primera gruta de Qumrán — supo atraerse, en parte, a Jonatás Macabeo, y éste se dejó nombrar para el alto cargo de Sumo Sacerdote (entre los años 144-142 a. de J.C.), y luego el seléucida Alejandro Bala lo investió con el cargo de gobernador civil y militar de Judea. De este modo el esfuerzo primero de los Macabeos vino a humillarse al convertirse en simple feudo y delegación de los seléucidas. Ello produjo un gran descontento entre aquellos puritanos hasideos, sobre todo el

hecho de que Jonatás, no siendo del linaje del Sumo Sacerdote Sadoc, se hubiera arrogado el Sumo Sacerdocio. De aquí que, viéndose defraudados, muchos de dichos hasideos se retiraran hacia el desierto y rompieran con la alta hierocracia del Templo, al que consideraban profanado por aquella intrusión. Esto nos explica que en algunos documentos o volúmenes relacionados con los hallazgos de la cueva de Qumrán se abomine de Jonatás y se le llame el «Sacerdote impío», y en contra de él se invoque, en aquella misma literatura qumránica, un *Maestro de Justicia*. Tenemos, pues, ya identificada en el tiempo y en el espacio, en el ambiente religioso y social de la época, la primera Comunidad de Qumrán, a esos puritanos que no temieron romper con el Templo de Jerusalén y su culto profanado por intrusos asimilados al paganismo, y que, en cambio, en las soledades del yermo y de la estepa, entre ascetismos y contemplaciones, procuraron — como dijo Isaías — enderezar las vías por donde debía venir el esperado Mesías.

De modo que, al parecer, hay que colocar hacia la mitad del siglo II antes de J.C., en tiempo del seléucida Alejandro Bala, el gran éxodo de esenios y hasideos hacia Qumrán, bajo la guía de un sacerdote de la familia de Sadoc, al que los textos qumránicos nos llaman *Maestro de justicia*. Precisamente Flavio Josefo nos hace la primera mención de los esenios en este tiempo, en el año 146 a. J.C., con Demetrio II. Cada vez más se abría un abismo entre el Sumo Sacerdote helenizante Jonatás — ahora nombrado gobernador general de Siria por Antíoco VI — y aquel puñado de puritanos, sadoquitas y ascetas, que allí, en las oquedades de Qumrán, porfiaban en mantenerse fieles a un alto ideal. De aquí la pugna que revelan los documentos de Qumrán contra el *Sacerdote impío* — seguramente Jonatás o quizá un sucesor suyo —, el cual les perseguía, personándose incluso en el desierto de Qumrán para mejor hostigarlos. La comunidad se dispersaría entonces, aunque fuera momentáneamente; emigraría, en parte, a Damasco,

de cuya hijuela nos provino, hace ya más de medio siglo, y hallado por S. Schechter en los fondos de la Guenizá de El Cairo, el celeberrimo *Documento de Damasco*, o sea, la Regla de esa Comunidad, hermana menor de la de Qumrán; precisamente en estos últimos años se han encontrado otros ejemplares de tal *Documento de Damasco* entre los manuscritos de las cuevas de Qumrán. Se comprende que, al dispersarse el grupo, dejarían los venerandos rollos de su Biblioteca escondidos y bien guardados en jarras dentro de los escondrijos naturales de las cuevas vecinas. Las maldiciones que en los textos de Qumrán se dirigen contra el *Sacerdote impío* habían de cumplirse, al parecer, pues el odiado Sumo Pontífice Jonatás fué hecho cautivo a traición y luego condenado a muerte por el general seléucida Trifón (cf. I Macab., XII, 39 sigs.).

Causa verdadera pena leer la historia de los últimos Macabeos y Asmoneos, los cuales, yendo a la deriva de una política pactista y helenizante, no supieron dar días de gloria ni de paz a su pueblo. En tiempo de Yohanán Hircano I, nombrado Sumo Sacerdote y etnarca (134-104 antes de J.C.), siguen las luchas y convulsiones; parece que en su mandato hubo paz en los aledaños de Qumrán; en cambio, persiguió sañudamente al partido fariseo, que, en parte, presentaba ciertas analogías con el grupo de Qumrán, excepto en la ruptura con el culto del Templo y en la profesión de ascetismo; en el mandato de sus sucesores Aristóbulo (103-76) y Alejandro Janneo (76-67) se agravan los disturbios; los documentos de Qumrán disparan alusiones dardeantes contra «el cachorro de León rabioso» que devora a los suyos; en estas palabras hemos de ver una alusión a la bárbara conducta de Alejandro Janneo, quien para reprimir el movimiento de los judíos fariseos antihelenizantes, no dudó en crucificar a gran número de ellos a la vista de sus mujeres y niños, mientras él festejaba un gran banquete en medio de sus concubinas. ¡De esta manera se habían contaminado los descendientes de los antiguos Macabeos, superando en refinada maldad

a los mismos paganos, y en medio de un clima social y político en continua convulsión!

Durante el reinado de la reina Alejandra, sucesora del anterior, Alejandro Janneo, los partidarios de éste fueron perseguidos, y en cambio, la reina trató con deferencia a los fariseos. En medio de este ambiente de completa inestabilidad política llegó a Siria y Palestina el general romano Pompeyo, al que los documentos de Qumrán aluden llamándole *el gobernador de los kittim*; este nombre críptico y simbólico de *kittim* se aplicaba por los solitarios de Qumrán a los romanos, y Pompeyo, en el año 64 a. J.C., declaraba la Siria provincia romana. El águila romana ya hacía tiempo que rondaba por el Oriente Próximo y había clavado sus garras en el antiguo reino de los Seléucidas. El sucesor de Pompeyo en el gobierno de Siria hizo crueles proscripciones, matanzas de las que se hace eco el comentario de Habacuc, hallado en la primera cueva de Qumrán. De modo que los ascetas y cenobitas de Qumrán no estaban del todo ajenos a la suerte del país, sino que, a veces, de un modo activo seguían su suerte política, sufrían con el mismo y reaccionaban en su exégesis bíblica y escatológica contra aquella invasión del paganismo griego y romano.

Pero aún les esperaban tiempos más duros. Los partos de más allá del Éufrates, enemigos acérrimos del imperialismo romano, disputaban a éste las estepas de Jordania y aun el pasillo de Palestina. Por esto, hacia el año 40 antes de J.C., en una invasión de los partos, la Comunidad de Qumrán sufrió los estragos del saqueo y del incendio. Su biblioteca se salvaría, escondida en los escondrijos de las cuevas próximas. Es más, aún tendrían que sufrir los moradores de Qumrán de los efectos de una conmoción tectónica (31 a. J.C.), de un terremoto, que tan frecuentes han sido en Palestina. De aquí que la continuidad de la vida en Qumrán fuera algo precaria en tiempos de Herodes el Grande, el feliz suplantador idumeo de los decadentes Asmoneos; Herodes, profundamente odiado, como rey in-

truso y paganizante, procuró atraerse a los judíos con sus grandes construcciones y también procuró granjearse la amistad del grupo esenio de Qumrán, que ya antes había roto con los Asmoneos. En todo caso, en tiempos de Jesucristo estaría habitada la residencia de Jirbet Qumrán, pues allí se han encontrado monedas de Herodes el Grande, de Herodes Arquelao, de distintos Procuradores bajo Augusto y bajo Tiberio, de los días inmediatamente después de J.C., así como de Agripa I y de los Procuradores con Claudio y Nerón, hasta llegar a la primera revolución judaica en tiempo de Tito y Vespasiano.

¿Qué relaciones pudieron tener los ascetas y cenobitas de Jirbet Qumrán con el Precursor, con San Juan Bautista, quien también moró de preferencia allí cerca, en los alrededores del Jordán? Allí predicaba un bautismo de penitencia, o sea, anunciaba la necesidad de un bautismo de purificación y de una vida de penitencia, como vías preparatorias del advenimiento del Mesías, del Esperado de los collados eternos, en aquella gran expectación escatológica que se respiraba, en especial entre los cenobitas de Qumrán. Ha habido algún autor que ha sostenido que el Precursor fué, sin duda alguna, un monje de la Comunidad de Qumrán. No hay base objetiva para afirmar tanto, pero sí hemos de subrayar las fuertes relaciones que se acusan entre él, su vida, su doctrina y la de los solitarios de Qumrán.

Lo cierto es que, según dice explícitamente el Evangelio de San Mateo (3, 1-12), Juan Bautista, predicando en el desierto de Judá, cabe al Jordán, se presentaba a sí mismo como el inmediato precursor del Mesías: «Arrepentíos, pues está cercano el reino de los cielos. Éste, que veis, es el anunciado por el profeta Isaías cuando dice (40, 3): «He aquí la voz del que clama en el desierto: Aparejad el camino del Señor, enderezad (en la estepa) la senda de nuestro Dios». Y él, Juan, tenía su vestido hecho de pelos de camello y un cinturón de cuero ceñía sus lomos; se mantenía de langostas y de miel silvestre. Y los

que salían de Jerusalén, de toda la Judea y de la región del Jordán a oírle, eran bautizados por él en el río Jordán y confesaban sus pecados».

De modo que esta figura del Precursor, que nos transmite el Evangelio, no se inscribe bien en el marco de un monje cenobita, si bien su doctrina de bautismo, de penitencia y de tensa expectación mesiánica, casi coincide con la de los monjes de Qumrán. Además, el Bautista combate el orgullo de los judíos por considerarse un pueblo selecto, aparte de los demás, seguros de Dios, por ser hijos de Abraham, y el Bautista fustiga esta vanidad con palabras candentes como ascuas: «Porque os digo que poderoso es Dios para hacer surgir de estas piedras hijos a Abraham». Y en el Bautista aquella expectación mesiánica se hace tan inminente y perentoria que ya casi no es expectación, sino que es alertada presencia: «Yo os bautizo en agua para penitencia; pero el que viene en pos de mí es más fuerte que yo, cuyo calzado no soy digno de llevar en mis manos, y Él os bautizará en Espíritu Santo y fuego» (Mat. 3, 11-12). De modo que el Bautista ya nos sitúa no en una lejanía escatológica, sino en un mañana presto, casi en una irrefragable actualidad. Y muy pronto, en un remanso del Jordán, a pocas horas de Jirbet Qumrán, le tocaría bautizar a Aquel que, a su vez, venía a bautizar en Espíritu Santo y fuego. De modo, que si no podemos inscribir al Bautista como un monje más de Qumrán, sí que ha habido como una tangencia, subrayada por el mismo Jesucristo. Y seguramente que algunos de los discípulos de San Juan Bautista, cuando se encontraba preso por Herodes Antipas en Maqueronte, enviados por él a Jesús, hubieron de engrosar las filas del Redentor.

Es posible que otros discípulos del Bautista entraran a profesar en la Comunidad de Qumrán, en donde, cuando llegaron los días cruciales de la sublevación contra Roma y de la guerra de Vespasiano y Tito, revistieron una cierta actividad bélica, al par de los celotas, lo que supuso la muerte y extinción de Qumrán. En efecto, en el verano del

año 68 de J.C., la Legión X.^a Fretensis ocupó el lugar de Jirbet Qumrán; la mayor parte de sus moradores ya se habían puesto en salvo, después de haber escondido, como otras anteriores veces, los rollos de la Biblioteca en los escondrijos de las grutas. Sin embargo, no desapareció del todo la actividad de la secta; seguramente después de la represión de Vespasiano y Tito, hubo intentos de supervivencia, y se continuó la labor de copia de rollos manuscritos; se han encontrado nuevos textos bíblicos y extra-bíblicos en la gruta de Wadi Murabbaat, más al sur, en la costa occidental del Mar Muerto, grutas que ya fueron habitadas antiguamente en la época calcolítica, y allí se han encontrado, además de diversos manuscritos o rollos, unas cartas autógrafas del jefe de la gran sublevación judaica contra Roma (132-135), o sea, Barcoquebas, cuyo nombre exacto era Simón Bar Cozeba. Una carta autógrafa de Barcoquebas va dirigida a Yesua ben Gálgola, jefe de aquel puesto militar, y el primero le amenaza que si no rompe las buenas relaciones con los galileos — por los cuales seguramente hemos de entender los cristianos — le pondrá grilletas en los pies. Con esto vemos que estos parajes de la orilla occidental del Mar Muerto fueron centro de resistencia judaica en la guerra de Adriano y Barcoquebas, y ya es sabido cómo los cristianos — o sea, los aludidos galileos — se abstuvieron de tomar parte en aquellos levantamientos contra Roma, tanto en el de la guerra de Vespasiano como en el de la rebelión de Barcoquebas, con lo cual se atrajeron la persecución de los rebeldes. De modo que en la gruta de Wadi Murabbaat, como en la de Jirbet Mird — la antigua fortaleza *Hircanion* de los Asmoneos —, hemos de ver depósitos de manuscritos hebraicos o aramaios escondidos allí en la segunda rebelión judaica o de Barcoquebas.

* * *

Después de haber visto sucintamente el desarrollo de la vida en Jirbet Qumrán, de dos a tres siglos de existencia,

los diferentes paréntesis e interrupciones que sufrió, con la guarda de los manuscritos en las cuevas adyacentes, su irradiación a Damasco, a Palestina y a Egipto y, por fin, su extinción, nos corresponde sacar el fruto de nuestro trabajo, valorar la importancia bíblica que tales descubrimientos suponen:

1.º Todos los libros de la Biblia hebraica están representados en los descubrimientos de las cuevas del Mar Muerto, ya en rollos enteros, ya en pequeños fragmentos. Los Profetas y los Salmos son los libros que aparecen con más frecuencia en los manuscritos de Qumrán, singularmente Isaías, por ser el gran profeta de las promesas mesiánicas. El mensaje del gran y elocuentísimo Isaías se grabó indeleblemente en la mente de los monjes de Qumrán, lo mismo que en la mente del Precursor, quien se apropia sus palabras. Solamente del libro de Ester no se ha hallado hasta ahora espécimen alguno, lo cual se puede explicar porque el libro de Ester es especialmente leído en la fiesta de Purim, fiesta instituída por los Asmoneos, y tal celebración no fué admitida por los esenios de Qumrán, que odiaban a los Asmoneos.

2.º La grafía consonántica de estos textos bíblicos hallados en las distintas cuevas de Qumrán difiere muy poco del *textus receptus* de la Biblia hebraica, si bien algunas veces concuerda mejor con el original o *Vorlage* hebreo de la traducción griega de los LXX. En general, los textos de Qumrán prodigan mucho más que el *textus receptus*, las letras semivocales que ejercían una función de guía vocálica. En cambio, hay que notar que los textos bíblicos hallados en las cuevas de Wadi Murabbaat, escritos en época posterior, en el primer tercio del siglo II de Jesucristo, ya ofrecen un texto del todo afín a nuestro actual *textus receptus* de la Biblia, lo cual prueba que ya entonces se había operado una fijación, una unificación del texto canónico de la Biblia hebraica. Seguramente que esta unificación o fijación canónica del texto consonántico de la Biblia fué obra del concilio de rabinos que tuvo lugar

en Jabne, hacia el año 100 de J.C. Resultando ya imposible la continuación de la vida judaica en Judea después de la caída del Templo en la guerra de Vespasiano y Tito, los dirigentes o rabinos principales, entre ellos el célebre R. Aquiba, se reunieron para proceder a la fijación del texto bíblico, el cual habría de andar desde entonces en manos de tantos judíos en trance de dispersión y de diáspora. De esta manera se procedió a la fijación del texto consonántico — el vocálico no existía aún — de la Biblia, al mismo tiempo que se cerró el Canon de la Biblia hebreaica, o sea, se estableció el número de libros que se debían admitir como inspirados. Esta labor no era fácil ni mucho menos, y en el Talmud hay aún los ecos de las discusiones que hubo entre los Rabinos al proceder a tal fijación y canonización, a la aceptación del carácter de libro inspirado. Pero, en general, los Rabinos en el sínodo de Jabne tendieron a no admitir en el Canon palestinese sino los libros cuyo texto más común y general estaba en hebreo, no los libros cuya lectura — quizá debido a la modernidad de los mismos — se había generalizado en lengua griega. De aquí que en el Canon palestinese no aceptaran los Rabinos de Jabne los libros llamados deuterocanónicos, admitidos en el Canon alejandrino y en el cristiano, a pesar de que no había duda — y la sintaxis, llena de hebraísmos, lo declaraba — de que tales textos en griego eran traducciones del hebreo. A últimos del siglo XIX, el descubridor de los tesoros bibliográficos de la *Guenizá* de El Cairo, Salomón Schechter, halló el texto hebraico del libro deuterocanónico El Eclesiástico. Pues bien, en los descubrimientos de Qumrán se han encontrado los textos hebraico o aramaico de muchos de estos libros deuterocanónicos, entre ellos el de Tobías, lo cual nos prueba que tales libros, rechazados del Canon palestinese por los Rabinos de Jabne, cundían entre las manos de los cenobitas de Jirbet Qumrán y gozaban entre ellos de alta autoridad.

3.º Ya dijimos anteriormente que los textos bíblicos que aparecen con más profusión en los hallazgos de Qum-

rán son los de los Profetas y Salmos, singularmente Isaías, todo ello como índice elocuente de la gran expectación mesiánica, de la redención de los humildes, del último resto de Israel. De aquí que este designio mesiánico, esta consigna escatológica fuera la gran piedra de toque, la suprema referencia a la que se subordinaba la comprensión de los textos bíblicos. De ello deriva el empleo de una exégesis bíblica, que podríamos llamar típica, entre los monjes de Qumrán, como podemos ver en el Comentario de Habacuc, exégesis en la que unos textos se explicaban en función del arquetipismo en el que culminaba la gran trayectoria bíblica. Era una exégesis no lógica, no analítica, sino prototípica, en la que los hechos se valoraban en función de la primacía de valencia espiritual de otros hechos. Entre los mismos Evangelistas hallamos algunos casos de empleo de esta exégesis arquetípica. El buen número de manuscritos con textos escatológicos, entre los llamados apócrifos, como por ejemplo, el Libro de los Testamentos, el de los Jubileos, etc., que se hallarían entre las manos de los moradores de Qumrán, nos explicitan más y más cuál era el norte que inspiraba sus ideas y afanes religiosos.

4.º También nos interesan sumamente estos descubrimientos de los manuscritos de la cuevas de Qumrán, así como el de las ruinas de Jirbet Qumrán, porque nos ilustran a maravilla sobre el ideal espiritualista y ascético que respiraban sus moradores. En particular, la *Regla de la Comunidad* de Qumrán, regla llamada primeramente con el nombre, no feliz, de *Manual de Disciplina*, así como también el *Documento de Damasco*, y muy especialmente la colección de himnos latréuticos o Laudes (*Hodayot*) que entonaría la Comunidad de Qumrán. Todo ello nos muestra un nuevo día en el ideal ascético y espiritual de la secta. Hasta ahora nuestro panorama de la vida religiosa y espiritual en Judea en los momentos que precedieron inmediatamente al Redentor era algo deficiente: conocíamos a los saduceos, muy asimilados a los paganos, casi incrédulos, grupo que estaba integrado, por paradoja, por la

alta hierocracia judaica; luego había los fariseos, que profesaban un credo y una moral mucho más espirituales que los anteriores, e incluso eran proselitistas, pero que tendieron a hipertrofiar lo ritualista y lo ceremonial a costa de una verdadera ascética y de un puro y místico espiritualismo.

Hoy estamos en trance de completar el anterior panorama religioso judaico, con nuestro conocimiento de la vida religiosa de Jirbet Qumrán; las ideas y sentimientos que presidían la vida de estos esenios no eran tanto un dualismo y una gnosis de origen extranjero — como se creía antes—, sino que, en gran parte, eran de auténtica solera bíblica y judaica; allí se vivía una vida cenobítica, ascética y contemplativa, proyectados del todo hacia la gran expectación escatológica del Mesías; se había roto con el culto y la liturgia del Templo en manos de una hierocracia totalmente relajada y pendiente de los paganos dominadores de la Judea; no se poseía ningún bien ni riqueza en propiedad particular, sino que se había renunciado a este disfrute en aras de un goce en común de los pocos bienes de la Congregación; esta vida en común, cenobítica, estaba embebida de ascetismo, de superación de lo material, de renunciamiento cotidiano respecto de todo lo que supusiera avaricia de los sentidos; incluso la vida familiar, el matrimonio, bendecido por Dios en nuestros primeros padres, era objeto de oblación generosa en aras de este ascetismo, de este comercio espiritual de generosidad para corresponder a las generosidades del Señor y lograr, en el inefable y místico requerimiento bíblico, las mayores plenitudes de la generosidad de Yahvé, las cuales serían como las arras del advenimiento del Mesías. Y como quiera que este espíritu de generoso ascetismo, de obsequiosa correspondencia con el Señor, irradiaba desde Qumrán a través de toda la Judea hasta la vega de Damasco y el Lago Mareotis en Egipto, no es de extrañar que entonces no fuera raro en Judea esta ascética profesión de celibato, en querencia de los mayores dones espirituales y mesiánicos,

de lo que tenemos alto e inefable testimonio en las páginas del Evangelio.

Y como impregnado de aroma de suavidad este ascetismo de Qumrán, tenemos estos magníficos himnos de acción de gracias (*Hodayot*), hijos legítimos del Salterio, en los que la loanza, las laudes, la plegaria de los humildes, de los píos, de los perseguidos se altifica, como una alborada, hasta las gradas del trono del Señor. También vemos en el Evangelio, sobre todo en el de San Lucas, como los acentos de la sacra poesía bíblica impregnaban el espíritu de la Virgen, de Zacarías, del viejo Simeón, en aquella tensa expectación de las grandes plenitudes de la misericordia de Dios. De este modo, gracias a los descubrimientos de Qumrán, se integra nuestra visión de aquellos cruciales días que asistieron a la teofanía mesiánica, y nuestra cabal vivencia del ambiente social y religioso que envuelve al Evangelio se completa con toques tan vivaces como espirituales.

